

TOBIAS ROSEMBERG

EL SAPO EN EL FOLKLORE Y EN LA MEDICINA



EDITORIAL "PERIPLO"
BUENOS AIRES



TOBIAS ROSEMRENG constituye en la actualidad uno de los más altos valores dentro del Folklore argentino, y su nombre, a través de una labor de más de quince años, ha traspasado los límites nacionales para ser considerado fuera de las fronteras de su patria como uno de los grandes especialistas en Folklore médico universal.

Su primer libro "Palo l'chachal", editado en el año 1936 por la Sociedad Sarmiento de Tucumán, mereció ser premiado por dicha institución, se unió luego "Curiosos aspectos de la terapéutica Caishaqú", que continúa siendo una fuente imprescindible dentro de la bibliografía americana sobre la materia. A estos primeros trabajos siguieron "El sapo de la montaña", "La serpiente en la medicina y el folklore", "El trasplante", ensayos a los que se agrega ahora el presente volumen, con el que se inicia la serie de los "Cuadernos de la Asociación Tucumana de Folklore".

"El sapo en la medicina y el folklore" es otro capítulo de una obra de conjunto a la que su autor titula "Historia de la medicina supersticiosa de América", y cuyo primer tomo posiblemente verá la luz el año próximo.

TOBIAS ROSEMRENG fue miembro oficial del Primer Congreso Nacional de Folklore y de las Proyecciones del Folklore, y su nombre se halla vinculado a numerosas entidades especializadas del país y del extranjero: Sociedad Argentina de Americanistas, Sociedad Argentina de An-

(Continúa en la 2^a tapa)

**EL SAPO
EN EL FOLKLORE
Y EN LA MEDICINA**

TOBIAS ROSEMBERG

EL SAPO
EN EL FOLKLORE
Y EN LA MEDICINA



EDITORIAL "PERIPLO"
BUENOS AIRES

Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley.
Copyright 1951

DISTRIBUIDORA Y EDITORA ARGENTINA S. R. L.
Calle Chacras 472, Buenos Aires

Cuadernos de la
ASOCIACION TUCUMANANA DE FOLKLORE

Editorial Periplo

PROLOGO

MUCHO se ha dicho del sapo. Engendro diabólico según unos; deidad acuática, según otros, lo cierto es que el anfibio anuro ha sabido hacerse un lugar en el campo de la historia del hombre para proyectarse desde allí a través del tiempo, como un ser que busca la humana comprensión y, en tal afán, brinda su cuerpo que, despedazado una y otra vez, sirve de pretexto para que el hombre se sienta reconfortado ante lo desconocido y crea encontrar alivio allí donde el dolor le dice de su impotencia y pereza.

Si en el cuadro de la evolución de las especies, constituye el grupo filogenéticamente más primitivo de los vertebrados superiores, en el de la superstición y la leyenda su antigüedad corre pareja y es que el hombre, frente a la característica fealdad del batracio, sintió temor hacia la bestia y, en su concepción primitiva, halló en la adoración y el respeto una forma de conjurar sus poderes sobrenaturales; forma ésta que, con los siglos, devino en persecución tenaz a la que se sobrepuso el animalejo dispuesto a lograr la buena voluntad de quienes injustamente lo habían vilipendiado y escarnecido.

Poblador de las cuatro quintas partes del mundo —sólo Australia le es desconocida— lleva sobre su lomo rugoso la pesada carga de mil concepciones animistas, y sus dorados ojos transparentan aún el misterio de civilizaciones extinguidas. En la historia de los pueblos, el sapo se debate en una lucha cruenta y despareja. Logra sobrevivir y goza así de su triunfo al ver impuesta la razón sobre el prejuicio y el obscurantismo. De animal perseguido, vuélvese amigo del hombre; de ser execrado, halla de pronto refugio en la casa de quien siempre lo miró con asco y, esta vez, paga con exceso lo que juzga una deuda de gratitud. Se brinda a la ciencia, otorga a ella la maravilla de su cuerpo y ya, desde otro ángulo, sirve de alivio a sus propios perseguidores. A la par, puebla sus campos y jardines y en labor silenciosa y productiva se entrega a la defensa de sus cosechas, hallando su alimento en todo cuanto es perjudicial para las simientes.

Pero, paralelamente, cumpliendo una labor funcional, basándose unas veces en un cúmulo de sobrevivencias y otras en creencias empíricas mal delimitadas, todo un mundo de supersticiones se agita en torno a la vida del batracio; supersticiones que, por su perdurabilidad y validez actual, presentan al estudioso el interés de un análisis capaz de establecer el mundo psicológico en medio del cual actúa el hombre culturalmente inferior.

EL SAPO EN LA HECHICERIA

TAN antigua como el hombre es su tendencia de crear mitos capaces de justificar, por sí solos, todo cuanto en su alrededor existe. Frente al problema de la naturaleza, incomprensible en su conjunto y armonía; frente al problema de la vida, más incomprensible aún, el hombre primitivo sólo halló en lo sobrenatural y misterioso la razón de cuanto existe y fué así como explicó todos los fenómenos que diariamente sacudían su ánimo. Los mitos de creación constituyen uno de los capítulos más interesantes de la Etnografía y el Folklore universal y a través de ellos se advierte toda una serie de concesiones zoom y antropomorfas que, estudiadas en detalle, sirven para hilar toda la historia y la evolución del pensamiento religioso. En este campo el tema es clásico. Seres esencialmente humanos vuelven animales. Tal el origen de muchas bestias. Actúa de por medio la teoría de la expiación. Pero el proceso inverso también es común. El tema clásico es sistemáticamente invertido y es así como animales toman forma humana, dando margen a leyendas de metamorfosis cuya importancia para el conocimiento de la cultura fuera estudiada por Van Gennep. Los mitos de fecundación nos brindan ejemplos por demás abundantes de esto último.

El origen del sapo no pudo escapar a esta ley. Pero el mito que, entre nosotros, justifica su existencia, mito de indudable raíz foránea, no tiene antecedentes muy hondos

en la historia pues si bien habla de los albores del mundo, de los días en que eran creadas todas las cosas y los seres, lo hace encuadrando el relato dentro de concepciones típicamente cristianas, llegadas a estas tierras por boca del conquistador hispano.

Dios, en su magnaniiedad, creó cuanto existe. Hizo el Sol, la Luna, dió vida al hombre, a las plantas. Todo lo bello fué creado por Él. La fealdad no podía ser obra de su mano que resumía la perfección. De ahí que lo supuestamente repugnante, lo abyecto, se atribuyera siempre al Diablo. Son las fuerzas del Bien y del Mal las que actúan. Dios hizo el mundo; todos los seres que poblaron el orbe, por su omnipotencia, fueron bellos y, ante tanta maravilla, producto del Bien, las fuerzas del Mal, consubstanciadas en la figura del Diablo, no quisieron ser menos. Hacer un mundo poblado de seres y de cosas era tarea fácil. Dios lo había hecho en siete días apenas y el señor Diablo propúsose superar la obra divina. Dióse a la tarea y, al hallarla concluída, sufrió terrible desencanto. El asunto no era tan sencillo; seres horripilantes y deformes fueron contrapuestos a los de origen divino, y si el murciélagos resultó la "paloma de Satán", el sapo continúa siendo la "gallina del diablo". Es lo que podría definirse como teoría de los "dobles" o más bien de los "contras". Frente a un individuo supuestamente perfecto, otro deformé, imperfecto. Dentro de las tradiciones cristianas estos "contras" abundan y no es el caso de detenernos ahora en su estudio y sistematización. Lo cierto es que el sapo, criatura presuntivamente mala, no podía ser otra cosa que obra del Diablo. Aún continúa siéndolo. De ahí su preponderancia dentro de la hechicería. Para muchos no

es más que Satán en persona, y alegan para sostener esto la grotesca semejanza entre el hombre y el sapo. Su identidad con brujos y hechiceros tiene también en ello sus raíces. Hechiceros y brujos, unidos al Diablo, llevan el signo que sirve para su mutuo reconocimiento, y este signo, a decir de David Granada¹ no es otro que un sapillo, impreso a fuego y sin dolor en la niña de los ojos de quienes buscan en aquelares y sabáticas reuniones la satisfacción de sus instintos más menguados. Y es precisamente en esos aquelares y en esas reuniones donde el sapo ejerce su dominio. Verdadero "Señor" de las Salamanca —esas cavernas misteriosas que pueblan el mundo mítico rioplatense como herencia directa del hispano —allí vive y se regodea entre los ciudadanos y la veneración de quienes aspiran a satánicos poderes. Porque la leyenda resume lo siguiente: Cuando alguien llega a una Salamanca, el "salamanquero" presenta a su visitante manadas de sapos que le obedecen y rodean. Son sus "gallinas", y Granada que nos cuenta esta historia, tomada a su vez de un "Auto de Fe" celebrado en la ciudad de Logroño en los días siete y ocho de noviembre de 1610 y que fuera publicado con notas por don Leandro Fernández de Moratín, continúa dándonos interesantes detalles sobre las creencias y supersticiones de la época. "Los brujos novicios y los aspirantes que aún no han llegado a la edad de la discreción para renegar en los aquelares, se ocupan en cuidar una gran manada de sapos, que los brujos ya recibidos por tales juntan, en compañía del demonio, por los campos, a fin de hacer con ellos veneno y ponzoñas para sus maleficios. Deben los novicios y aspirantes guardar los sapos con mucho respeto y veneración y para juntarlos, cuan-

dó se aparta alguno de la manada, hacen uso de una varilla que se les da con ese objeto; nunca los encaminará con el pie.² Los sapos vestidos que, como he dicho, son demonios en figuras de sapos, acompañan y asisten a los brujos para inducirlos y ayudarlos a que cometan siempre mayores maldades. Susténtalos con regalos. De ellos sacan el agua con que se untan para ir al aquelarre y para destruir los campos y sembrados y frutos y matar y hacer daño a las personas y a sus ganados y para hacer los polvos y ponzoñas con que malefician a la gente. Hartan al sapo, y azótanle con unas varillas. Encónase el sapo e hinchase. Apriétanle luego con el pie, o con las manos contra el suelo. Por último el sapo se va reponiendo y levantando, y vomita por la boca y por otros conductos menos limpios un agua hedionda y verdinegra que es la que usan para ir al aquelarre y a otras partes a hacer maldades y para componer sus hechizos."³ Es el sapo también quien sirve de ángel tutelar a los hechiceros, pero si todo esto resume su origen diabólico y habla de ritos y supersticiones todavía actuales, otra leyenda que corre por América señala el porqué de su cuerpo rugoso y deformé. Todos los seres ya habían sido creados. Según su condición, eran perfectos. Cada cual hallábase dotado de los elementos necesarios para una vida displicente y tranquila. Quiso Dios festejar el acontecimiento y, a tal efecto, organizó una fiesta en el cielo. Por supuesto, todos los animales fueron invitados pero, hete aquí que el sapo no podía volar. Le faltaban las alas que tampoco le eran necesarias para sus menesteres cotidianos, y cuando el urubú le preguntó con sorna si sería de la partida, lleno de envidia miró su pobre cuerpo como preguntando quién podría llevarle. El

ave que portaba una guitarra, no se dió por aludida y entonces el batracio, aprovechando un descuido del urubú, se introdujo dentro del instrumento. El ave voló al cielo, y cuando ya reunidos todos los hijos de Dios, alguien preguntó por el sapo, el urubú quiso reír recordando el cuerpo y la desazón del batracio pero, en ese instante, por la boca del instrumento apareció el señor sapo que, entregándose de lleno a la juerga, fué uno de los animadores de la fiesta a despecho de quien quería lucirse pulsando el instrumento. Se hizo tarde. Era necesario volver a tierra. Cuando ya el cansancio empezó a amainar entusiasmos, el sapo, sigilosamente, volvió al interior de la guitarra. Pero esa vez el urubú iba a cobrar venganza. Le había visto y sin decir palabra tomó el instrumento y emprendió vuelo. Así que estuvo en los aires, se dirigió al sapo y le echó en cara su conducta. En vano éste imploró perdón. Si Dios no le había dado alas era porque no deseaba que volase. Y el urubú lanzó su instrumento y, el sapo, fuera del mismo, inició una caída que iba a dar como resultado unas espaldas manchadas y llenas de protuberancias de las que el batracio no pudo curar nunca, porque la pobre bestia cayó de espaldas en un lugar lleno de piedras.

Otras leyendas hay, todas ellas tendientes a mostrar una condición cualquiera, siempre repugnante, del animal cuya vida y costumbres merecieron una atención especial por parte de quienes no podían librarse del temor que inspiraba.

En el afán de indagar el origen mítico del sapo, revelado a través de un mito cristiano, hemos incursionado en el campo de la hechicería, donde el batracio, desde largo tiempo atrás, es elemento imprescindible en la preparación de mixtos

y compuestos destinados a causar daño. Dijimos alguna vez⁴ que la Hechicería, Magia negra o baja, debía considerarse como una manifestación médica de índole negativa, pues su intención era siempre causar daño o enfermedad, mediante procedimientos en que, fuera de los casos donde actúa la "analogía" o el "espíritu de participación", se entraba en el campo de la toxicología. Resulta así que, obligados por un deseo de unidad, debamos anticiparnos a la parte medular de este ensayo para considerar este aspecto del mismo, presentándolo en una de sus faces más curiosas.

A título de información y en el deseo de una documentación sistematizada, hemos recurrido a diversos tratados de magia popular y de los mismos hemos extractado algunas fórmulas y ritos que traslucen, en su conjunto, ideas tan viejas como la misma humanidad. Así, de un libro que en una de sus páginas⁵ trae la siguiente leyenda: "Secretos de Hechicería sacados de un manuscrito de mucha antigüedad", reproducimos lo siguiente: "Manera de obligar a las mujeres solteras y casadas a que digan todo lo que tengan intención de hacer o hayan hecho": "Tómese el corazón de un palomo y la cabeza de un sapo y después de estar bien secos y pulverizados, lléñese un saquito con estos polvos, que se perfumarán agregándoles un poco de almizcle."

"Déjese el saquito debajo de la almohada de la persona que vaya a descansar y un cuarto de hora después se sabrá lo que se desea descubrir. Luego se retira el saquito cuando calle, para evitar que un más prolongado influjo le ocasione una fiebre cerebral." En sí, la fórmula es inofensiva y no nos es posible, por ahora, su ubicación dentro de determinado marco ya que escapa a todo posible empirismo y sus raíces



Fragmento de una representación del Juicio Final. Siglo XX. Museo de Soissons. El sapo, contorneado con una línea negra, debido a que dicha obra plástica se halla deteriorada, aparece royendo el pecho de una pecadora. (Revista *Actas Ciba*, Nº 8, 1948).



Estilización del sapo dentro de la alfalería negra de Los Barriales. De *Ars Americana*, Tomo II. *L'Ancienne Civilisation des Barriales du Nord-Ouest Argentin*, por Salvador Debenedetti.



Representación lítica del sapo. *Ars Americana*. Tomo I. *L'Archeologie Du Bassin de L'Amazone*, por Erland Nordeskiöld.

mágicas tampoco se perfilan con nitidez, aunque bien podrían derivarse de "analogías" relacionadas con la vida y costumbres tanto del palomo como del sapo. Considerémosla, en consecuencia, como mera superstición. En cambio, la práctica que sigue obedece a principios clásicos dentro de las creencias mágicas. Es la identificación del *deseo* con la *realidad* que, dentro de la mentalidad primitiva, forma un todo unitario. *Aspiración* y *hecho* son idéntica cosa. No hay límite de demarcación y se emplea al sapo como podría emplearse una figura de papel, un muñeco de cera o un objeto cualquiera de propiedad y uso de la persona a la que se pretende dañar. Es éste el procedimiento *provocador* de la enfermedad más en uso que conoció la humanidad, y su vigencia actual habla de su capacidad de sobrevivencia. La fórmula se titula: "Hechizo del sapo con los ojos cosidos". Dice:

"Escoged un sapo de los mayores, que sea macho, si el hechizo es para hombre."

"Después que lo tuvieseis seguro, cogedle con la mano derecha y pasáoslo por entre las piernas cinco veces, diciendo mentalmente las siguientes palabras:

"Sapo, sapito, así como yo te paso por debajo de mi vientre, así... que (aquí el nombre de la persona que se quiera hechizar) no tenga sosiego ni descanso mientras no venga a mí de todo corazón y con todo su cuerpo, alma y vida."

"Dichas estas palabras se coge una aguja de las más finas y se enhebra un hilo de seda verde, cosiendo con él los párpados del sapo, teniendo mucho cuidado de no herirle en los ojos, pues de lo contrario la persona a quien deseáis hechizar quedará ciega. Se cose solamente el pellejo de abajo

arriba, a fin de que el sapo quede con los ojos cerrados, pero sin haber sufrido lesión alguna."

No termina aquí el hechizo. El ritual, ya que no es otra cosa, establece también las "palabras que se dicen al sapo después de tener los ojos cosidos", y son las siguientes:

"Yo, por el poder de Lucifer, el príncipe de Belzebuth, te cosí los ojos, que es lo que debía hacer a... (aquí se dice el nombre de la persona) para que no tenga sosiego ni descanso en parte alguna del mundo sin mi compañía y sea ciego para todas las mujeres (u hombres, según sea el sexo de la persona a quien se trata de hechizar). Véame únicamente a mí y que en mí sólo tenga su pensamiento."

"Pónese después dentro de una vasija y dícese:

"Fulano (pronúnciese el nombre de la persona), aquí estás preso y amarrado sin que veas el sol y la luna. Hasta que no me ames, no te soltaré; aquí quedas preso y amarrado así como está este sapo".

El hechizo de "Un sapo que tenga la boca cosida" es una variante del anterior, pero antes de informar sobre el mismo, digamos que la práctica anotada muestra cómo para el individuo incivilizado existe una REALIDAD MÁGICA, donde el ser humano y el animal se consustancializan, y de ahí que el ejecutante se dirija al batracio hablándole "mentalmente" como si fuera un ente racional. Esa conversación "mental", por otra parte, como tendremos oportunidad de ver, responde a cánones rígidos cuya alteración o desviación anula la acción mágica. En el caso de nuevo hechizo, en vez de coser los ojos, se cose la boca del anuro y el color verde del hilo es sustituido por uno negro. Las palabras que se pronuncian son más o menos iguales y se encierra al sapo en una olla

para que vaya muriendo por inanición, pero lo interesante del asunto radica aquí en que el ejecutante, en un momento dado, puede sentirse arrepentido y entonces es llegado el momento de romper la "atadura" o "ligadura". La cuestión es fácil. Basta con sacar el sapo, descoserle la boca y durante cinco días darle de beber leche de vaca.

Los hechizos siguen. Supongamos que una dama enamorada desea casarse con quien ha logrado concitar todas sus ilusiones y que éste rehuya tal responsabilidad. Remediaresta situación es fácil. Si no, véase lo que sobre el particular nos enseña uno de tantos "Tratados" a los que nos venimos refiriendo: "Tómese un objeto del enamorado o enamorada (según sea el caso, que para ambos sirve) y se ata sobre la barriga del sapo. Después de realizada esta operación, átense los pies del sapo con una cinta roja y métasele dentro de una olla con tierra humedecida con leche de vaca. Díganse luego estas frases aplicando el rostro en la boca de la orza:

"Fulano, así como tengo este sapo preso dentro de esta olla sin que vea el sol ni la luna, así tú no veas mujer alguna, ni casada, ni soltera, ni viuda. Sólo habrás de fijar tu pensamiento en mí; así como este sapo tiene las piernas amarradas, así se aprisionen las tuyas y no puedas dirigirlas sino hacia mi casa; y así como este sapo vive dentro de esta olla consumido y mortificado, así vivirás tú mientras conmigo no te casares o unieres".

"Déjese la olla bien tapada para que el sapo no vea la claridad del día. Después, cuando hayáis conseguido vuestro deseo, soltad al sapo, quitadle las ligaduras y cuidadle bien, teniendo entendido que la persona sufrirá iguales dolores

e incomodidades que el sapo, por haber quedado unidos por virtud del poder de esta magia".

En su conjunto, todas estas prácticas no son más que formas elementales de transplante, definidas por Frazer como "Magia contagiosa", donde el sapo es simple elemento y no principio mágico. El hecho de que se lo prefiera a cualquier otra cosa o animal debe buscarse en sus supuestas vinculaciones con el Diablo o en lo que Elifas Levi define como "Luz Astral", de la cual dice estar dotado el batracio. Pero lo interesante de todo esto radica en la transposición de los elementos, justificada por la intención amorosa —no ya perversa— de la práctica. No es un individuo quien pasa su enfermedad a un animal, una piedra, etc., sino que es el animal, torturado previamente, quien, por interpósita persona, pasa el daño o el hechizo. El sapo no es más que la "cosa" en la ejecución de una idea mágica, realizada por un sujeto sea o no hechicero pero creyente en su eficacia que, para el caso, es abonada por una serie de principios estudiados ya en lo que toca a la Psicología evolutiva y que atafien a la "ley de la plenitud" y la de la "equiparidad mágica". La importancia de todas estas manifestaciones no radica ni en el sapo, pobre víctima de la credulidad humana, ni en las palabras, sino en la forma cómo se desarrolla el ritual, que obedece siempre a leyes cuya alteración anula el efecto. Heinz Werner se ha ocupado del problema y suyas son estas conclusiones: "...la configuración en el tiempo es para el primitivo relativamente homogénea; se representan las acciones como totalidades intangibles que obedecen a la ley de la reacción del todo o nada, o bien a la ley de la plenitud. Así es que no hay sólo una reacción del todo o nada premágico,

sino que también persiste en la fase mágica. Y lo demuestra el hecho de que toda configuración realizada en el tiempo (un trabajo o una pieza musical, una sentencia o una canción) sirve para los fines del encantamiento, solamente cuando consigue estructurarse como todo unitario. Toda falta cometida o toda ruptura producida en esos actos —el tropezar, el tartamudear o cualquier otra causa— anula la acción mágica, la eficacia del fenómeno objeto del encantamiento, porque precisamente el sentido mágico vive en una totalidad infranqueable. Así sucede que al recitar monótonamente los versos de los hechiceros, tiene esa recitación que hacerse en un solo acto respiratorio. Y hasta qué punto esa rítmica poética en las plegarias depende de la unidad respiratoria se demuestra por el hecho de que en las islas Hawái cada período de un canto referente al culto se recita durante una respiración a causa de que el aliento es fresco y por eso creador, y hasta el período siguiente no se puede respirar de nuevo.

"Esta homogeneidad no se manifiesta sólo en la cualidad de totalidad del conjunto mágico, sino que también se manifiesta en la escasa centralización, en la escasa subordinación de las partes accesorias a las esenciales. La equiparidad mágica de todo lo que entra a formar parte de una ceremonia del culto, es un principio esencial de la forma en que transcurren los sucesos del encantamiento. Y así vemos siempre que en esos procesos la más mínima y para nosotros secundaria parte de una acción equivale a cualquier otra parte de verdadera importancia para la fiesta. De este modo las acciones adláteras o accesorias de un proceso mágico se han de realizar con la misma pulcritud que si se tratase de un culto en el que no sólo se expresan las estructuras mágicas de su tejido total,

sino también la escasa subordinación de cada uno de sus miembros”⁶.

El sapo es también desfecedor de hechizos, y de ahí una práctica mágica tendiente a lograr este fin: “Tómese un sapo negro y cósasele la boca con seda negra. Después átense uno por uno los dedos del sapo con hebras de lana, también negras y formando una figura como de dos paracaídas, y tomando la hebra principal de la lana, cuélguese en la chimenea de modo que el sapo queda con la barriga hacia arriba. A las doce en punto de la noche llámase al diablo a cada una de las campanadas del reloj, y después, dando vueltas al sapo, diranle las siguientes palabras:

“Bicho inmundo, por el poder del diablo a quien vendí mi cuerpo y no mi espíritu, mándote que no dejes gozar ni de asomo de felicidad sobre la tierra a... (dígase el nombre). Su salud la coloco dentro de la boca de este sapo y así como él ha de morir, así muera también... (se repite el nombre) a quien conjuro tres veces en el nombre del diablo, del diablo, del diablo”.

“A la mañana siguiente métase el sapo en una olla de barro y tápese herméticamente.

“Para deshacer los efectos de este hechizo, y si alguna vez tuviera lástima del hechizado su maleficiador, basta sacar el sapo de la olla y darle a beber leche fresca de vaca por espacio de siete días, después de haberle descosido la boca”.

Lo transcripto es, como se vé, una variación de prácticas ya anotadas, y resulta de interés destacar aquí el “conjuro por tres veces” al diablo “contra” delconjuro cristiano: “Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”, a la par que la insistencia en el uso de la leche de vaca como elemento restaurador

de las energías del batracio, y también por su valor mágico como elemento vigorizador y fecundante, ya que numerosos pueblos primitivos, llevados por ese espíritu de asociación que los caracteriza, han identificado la leche con el semen, haciéndolos actuar indistintamente como elementos primordiales dentro de la hechicería amatioria o sexual. En cuanto a que la leche sea de vaca y no de cualquier otro animal, resume toda una serie de creencias, muchas de las cuales fueron estudiadas por Mario de Andrade en su magnífico trabajo “A medicina dos excretos”⁷.

Todas las manifestaciones y prácticas de hechicería hasta ahora anotadas responden, en su totalidad, por lo que a su origen atañe, a raíces foráneas si es que no queremos ver la universalidad de las creencias supersticiosas, pues Granada afirma, y los testimonios lo prueban, que los aborígenes, antes del Descubrimiento y la Conquista de América, usaron también, con preferencia, el sapo en sus hechicerías. He aquí algunas prácticas. La fuente es del erudito autor de “Supersticiones del Río de la Plata”: “Una clase de hechiceros guaraníes, a que los españoles llamaron ENTERRADORES, hacían sus maleficios enterrando en la casa de la persona que deseaban matar, las sobras de su comida, cáscaras de frutas, pedazos de carbón, etc. Enterraban también sapos atravesados con alguna espina de pescado, hasta que, sin enfermedad conocida, moría”⁸. Estos mismos guaraníes, cuando ya la Conquista impuso el Cristianismo, adaptaron sus concepciones mágicas a la nueva religión, valiéndose de los elementos rituales que ésta les proporcionaba. Así, tomaban un sapo corpulento, le bautizaban con el nombre de la persona que se trataba de dañar y se le hacía tragarse una hostia consagrada, ante la cual habían

proferido fórmulas de exorcización. Luego lo envolvían en objetos del maleficiado, tales como ropas, cabellos, etc., que servían para unirlos en idéntico destino, y liaban al animal en un envoltorio atado con cabellos de la futura víctima. El hechicero o maleficiador escupía el envoltorio y finalmente lo enterraba en el umbral de la puerta del maleficiado o en un lugar donde acostumbrara a ir todos los días. Es curioso hacer notar aquí que Elifas Levi menciona entre los maleficios tradicionales de Europa uno idéntico al que dejamos anotado.

En el Noroeste Argentino se acostumbraba tomar un sapo y, a objeto de hechizar a un individuo, se le clavaban espinas en la cabeza, el pescuezo, los brazos, el pecho o las piernas para que el dolor fuera sentido por el individuo objeto del maleficio. Los dolores reumáticos tenían casi siempre, a decir del pueblo, ese origen mágico. Adán Quiroga anota una práctica similar: "La bruja, cuando se ha decidido a hacer daño a alguien, pilla un sapo y lo pone panza arriba a la entrada de su cueva, nombrando en seguida tres veces a la persona que quiere dañar. Previamente, la bruja ha conseguido, de cualquier modo, unos cuantos cabellos de la víctima elegida, cortándoseles si puede o si no tomándolos de su peine. La bruja lleva estos cabellos, los reduce a un ovillo, los envuelve en un trapo y los punza con espinas colocándolos dentro de la cueva del sapo para que los cante de noche. Al día siguiente, pídense tres veces al sapo que haga a la dueña de los cabellos tal o cual daño, que suele ser generalmente la pérdida de la razón"⁹. Y ya que hemos entrado en la zona donde tenemos la suerte de realizar nuestra labor de campo, zona que fuera señalada por Herrera en su

"Historia de las Indias" por la extraordinaria difusión que en la misma tuvieron las prácticas de Hechicería, no podemos menos de ocuparnos de algunos procesos que, estudiados en aspectos por cierto ajenos al nuestro, han hecho época en la historia de la justicia del Tucumán colonial.

En nuestro trabajo "Curiosos aspectos de la Terapéutica Calchaquí"¹⁰ el asunto no ha escapado a un análisis somero que ahora hacemos "in extenso" por considerarlo de interés para posteriores y definitivos estudios. Pero antes de seguir adelante, rompamos por un instante con la monotonía que implica el hecho de reunir simple información. A través de lo anotado van surgiendo problemas que se irán agudizando cada vez más y, si bien no corresponde a la índole de este trabajo su estudio, ello obliga, sin embargo, a algunas consideraciones tendientes a fijar elementos capaces de definir esos estados colectivos propensos a la receptibilidad de manifestaciones que cada día nos parecen más absurdas, pero que, pese a ello, se mantienen y hasta parecen consolidarse con el correr de los siglos. Si el maleficiador cumple su tarea con el convencimiento absoluto de sus efectos, es de hacer notar también que la gran mayoría de la población —incivilizada y culta— cree en los hechizos, por lo que esta suerte de encantamiento, revelador de un estado mental colectivo, pasa a los dominios de la Psicología y en especial al de Psicología médica y psiquiátrica.

Hemos visto que la leyenda cristiana atribuye un origen diabólico al sapo. Entre los Calchaquíes era obra de Zupay (Diablo) y entre los Guaraníes, producto de Aña (Fuerza o espíritu del mal). Esto prueba la universalidad de muchas sino de todas las creencias. Por lo demás, a través de todas

las fórmulas expuestas, los elementos que participan del hechizo son siempre los mismos, no importa la latitud donde se realicen. Uñas, cabellos, ropas; todos ellos siempre partes integrantes del individuo al que se pretende dañar y la forma de hacerlo es mediante actos de magia pasiva. La violencia no entra para nada. No interesa al hechicero el uso de venenos o de armas. Los elementos dependientes de un individuo (uñas, cabellos, etc.) son parte misma del individuo, es el individuo en su totalidad desde que participan de toda su fuerza. De ahí que el simple transplante sea la base sobre la que descansa esta magia. La víctima siempre desconoce la acción del maleficiador y éste, como hemos dicho, cumple su labor con una fe absoluta en sus efectos. La razón de este convencimiento le es desconocida; responde para él a una acción mecánica cuya eficacia depende exclusivamente de que sepa manejarla dentro del pragmatismo impuesto por quienes le antecedieron en su ejercicio. Es indudable que la sugestión actúa aquí con fuerza, pero participa de ella tanto el hechicero como el hombre vulgar.

En el hechizo recogido por Adán Quiroga, la acción mágica se cumple porque el sapo les ha "cantado" a los objetos de la víctima que "participan" de la vida misma del individuo. William Seabroock en su libro "Hechicería"¹¹ se ocupa de la importancia de tales cantos dentro de las prácticas brujeriles. Si no se cree en toda esta clase de manifestaciones, uno puede librarse de sus efectos, pero si se cree en ellas difícil es evitar su acción. En numerosos pueblos aborígenes basta que un individuo haya recibido una herida superficial con un arma a la que se ha "cantado" previamente, para que ni intente siquiera curarse y se deje morir, entregándose a una

especie de absoluto nirvanismo, en el convencimiento de que no existe remedio alguno contra el "canto" que sólo puede anular otro hechicero mediante una contra magia que consiste, desde luego, en otra suerte de canto. Como se ve, también aquí, no es el arma la que causa la herida y muerte. Es el canto. Para explicar todo ese proceso mental, Seabroock nos habla de la "Analogía de la pistola", donde no es la bala la que mata, donde quien gatilla no es el autor de la muerte, sino que la "causa" debe buscarse en el fogonazo, en el estampido o en la "fuerza oculta" que guarda el arma...

Todo el Tucumán de la colonia presenta el aspecto de un fantástico aquelarre, donde españoles y aborígenes viven en medio de un mundo de supersticiones y creencias elementales. Los primeros, recién salidos de la noche del medioevo; los segundos, en los albores de una civilización que les es completamente extraña, se funden en una unidad supuestamente religiosa que carece de toda coherencia psíquica. Se habla de brujos y hechiceros, de Salamancas y salamanqueros, de endemoniados y de maleficiadores y si Francisco de Aguirre, el fundador de la ciudad de Santiago del Estero, fué juzgado por conocer y practicar ensalmos, ¿qué de extraño tiene entonces que en un documento de la época se refiera a una de esas reuniones sabáticas tan propicias a la mente de toda esa gleba recién salida de la barbarie feudal y se hable de ella con una naturalidad que hoy nos asombra a la vez que causa espanto por sus ulteriores derivaciones?

Se trata de una acusación formulada a dos indias en un proceso de hechicería ventilado en el año 1761 y que figura

como Expediente 33 del Legajo Nº 13 del año indicado, en el Archivo Histórico de Tucumán.

En la parte que nos interesa, dice una de las declarantes:

"Item, se le preguntó en qué Salamanca aprendió y qué sujetos concurrían a ella. Responde, que el paraje de Los Sauces a un lado de un montecito donde está un rincón que es de la Jurisdicción del Tucumán y que hace el término de seis años según ella regula, que aprendió en dicha Salamanca, la que está a media legua adelante de la Estancia de Pascual Díaz y que esto aprendió en ocasión de ir a comprar maiz; Que viendo que había mucha gente diciendo había fandango siguió y llegada al paraje le propusieron que ya que estaba allí que aprendiese y que se había estando tan lejos de su tierra. Y que no conoció a ninguno de los sujetos reunidos porque se apeó en un rancho de un conchavado de Pascual Díaz, cuyo nombre no supo, y que otra vez también volvió a entrar ella de su motivo propio y llegada a la puerta dice que una mujer gorda la metió y que le dijo que aunque viese cualquier cosa no tuviese miedo ni nombrase el nombre de Jesús, María y José, porque se perdería y sabría donde estaba. Y vió mucha gente todos en cueros, y ella también pues antes de entrar se desnudaron y vieron un viborón que sacaba la lengua mirando a todos y éste le dió a la mujer un papel con unos polvos, el que estaba liado con un hilo colorado y cabellos. Y le encargó a esta declarante dicha mujer que aquellos polvos eran para el efecto de matar, dándolos en comidas o en bebidas. Y que habría baile y canto con arpa y guitarra, y que dicha mujer le dijo que aquel viborón le pedía le diese su sangre a lo que esta declarante se negó y entonces, enojado el viborón, se suspendió como que se

sentaba y dicha mujer dijo al viborón no sea que del miedo nos descubra, y así yo te traeré la sangre de ella; Y entonces se salieron, sin que esta declarante le diese su sangre porque su marido no le dió lugar y, a la segunda vez que fué hubo también baile, y entonces la referida mujer le dió cinco ataditos de Jume fresco porque se le secase por vivir lejos. Y que estaba amarrado con un hilo colorado y cabellos; Y que éstos eran para matar a los que mezquinaban alguna cosa y que entonces trajo su marido a Tuama"¹².

Demás está decir que la india conoció el tormento y la hoguera. En ese instante de histeria colectiva, donde la alucinación del oro forjó mil alucinaciones diversas, ésta de la Salamanca resume todos los caracteres clásicos del mito universal. Cuanto se transcribe como declaración es la leyenda misma y todo nos obliga a convenir que en los "hacedores" de justicia no ha habido mala fe al puntualizar tanto detalle.

Julio López Mañán, en su obra "Tucumán Antiguo"¹³ glosa la Justicia Criminal del Tucumán en el siglo XVII y a propósito de la misma, presenta parte de un documento cuyo origen es la acusación por hechicería formulada por Doña Laurencia de Figueroa y Mendoza, madre de Don Diego Bazán, enfermo de una extraña dolencia que "se había manifestado en el muslo izquierdo en forma de hinchazón". La acusación lleva fecha 1º de Diciembre de 1688 y entre otras cosas dice: "Me presento ante vuestra Merced con este escrito en devida forma querellandome de Luisa gonzalez yndia de la encomienda de mi marido-la cual con poco temor De Dios y de su santa Lei-como barbara y maldita-me a enhechizado a mi hijo don diego Bazán-que entró en la encomienda por alguna mala adversión que le tendrá o inducida de alguna

Persona o Personas que se ayan balido de ella para el efecto-
Por ser famosa en el arte de enhechizar-que esta Voz es
comun y notoria en todos estos distritos-en particular en el
feudo de mi hijo".

La misma querellante aporta el testimonio de personas que conocen a la presunta hechicera, una de las que declara: "...que a oido decir a muchas personas que la susodicha es hechicera-y muy especialmente aviendo llegado este declarante al Pueblo de Escaba con el Mui Reverendo Padre Frai Thomas de Lizondo Religioso de el Señor San Francisco- el dia que se hizo en ese pueblo la fiesta de la gloriosa Santa Rosa, llamaron al citado Padre porque estaba mui enferma una india en el pueblo de Eldete, que no se acuerda el nombre de la yndia- y que iendo el padre- le contó la enferma que Luisa Gonzalez la avia enhechizado en un poco de vino que le avia dado en una tasa- y que dentro del vino avia un tosaltito de hilo- y que queriendolo sacar la india-le dixo Luisa Gonzalez que no lo sacase -y veviendolo la yndia empesó a desatinar dando voces y nombrando a Luisa Gonzalez -y que esto le contó a este declarante el nombrado padre- y declará a si mismo este declarante que estando con el Padre llegó Pedro de Canda el viejo y le mostró al Padre unas ierbas las que le dixo Pedro de Canda la avia dado a never a la India y que con ellas avia echado un sapo-lo cual dixo este declarante podrá declarar Pedro de Canda y que no sabe otra cosa".

Como es de suponer, la india acusada fué detenida y ante sus reiteradas negativas, la justicia recurrió a los servicios de un adivino, capaz de descubrir por "gracia natural" toda clase de encantamientos y es éste quien, llegado a la casa de

Don Diego Bazán, "en presencia y a la vista de los declarantes, cavó la tierra y dentro de ella sacó un sapo que estaba atado con un pedacito de lienzo y con un hilo blanco en un muslo y lo metió dentro de una gaujaca o bolsa que hallaron en la puerta del rancho, la cual cogió Antonio Godoy y latraxo a este sitio viejo hasta que se descubrió y sacó el sapo en presencia de su merced el señor Provisor". Para lograr su objeto, el adivino entró en el rancho y comenzó a buscar el encanto dando golpes con una caña a la tierra y "que dentro el espacio de un credo poco más o menos sonó gueco" debajo de la cama de la india y entonces dijo el adivino: "aquí está, busquen un trapo con que cojerlo".

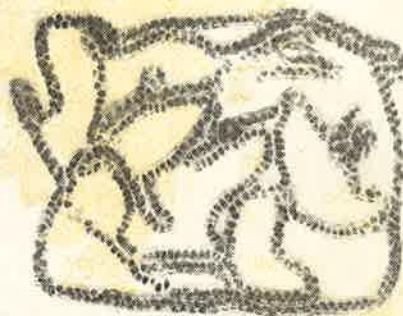
Frente a tan inusitado hallazgo, el alboroto fué general y el indio adivino hizo la siguiente declaración: "...que aviendo ydo con quattro españoles a la casa de la india luego reconoció estaba dentro El encanto.-el qual sacó en presencia de los testigos de devajo de tierra i cama de la india Luisa Gonzalez i aviendolo metido en una talega lo trujo al sitio viejo de esta ciudad a las casas de la morada de Doña Laurencia-donde estaba mui a los ultimos Don diego Bazan y que no peligrase-respondió que se desatase el sapo i se quemaren los hilos con que estaba atado y que en la corriente del rio Echasen el sapo i que con eso mejoraría El doliente- y que el Señor Provisor le mandó desatar a este declarante El sapo para lo qual pidió unas tijeras i con travajo le cortó las liaduras y se Ejecutó en la forma referida y desde entonces reconoció mejoría El doliente y que esto se prueba con berlo que está sano y bueno sin otro medicamento como es público i notorio".

No terminó aquí el asunto. La india González sostuvo su

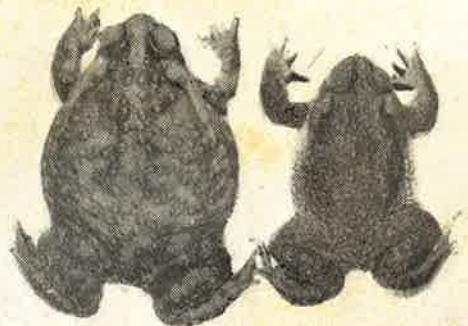
inocencia y señaló que "el indio Pablo le a lebantado testimonio disiendo que a tenido a Don Diego Bazan de figueroa su encomendado enhechizado en un sapo". El tormento no fué capaz de arrancarle una declaración de culpabilidad y atribuyó la salud de Bazán a "...los rruegos que a la virgen santísima a hecho en el tiempo que a estado presa", ocasión ésta que habría aprovechado el indio para llevar hasta su rancho y enterrar bajo tierra al sapo, causa de todo este disloque. La querellante no se dió por vencida. Deseaba que la india purgara su supuesta maldad y sostenía que si bien no reconoció su culpa apenas se desenterró y desató al sapo según lo aconsejara "Pablo, yndio adivino por gracia natural que Dios le ha dado" "luego se halló libre de los dolores y en particular del muslo donde estaba atado el sapo y en el mismo lado del doliente, causa suficiente por que debe ser castigada según derecho condenándola a muerte y fuego como a persona que tiene pacto con el demonio".

Dejemos a un lado esta historia cuyo interés, por otra parte, no escapará a los estudiosos. A través de los conocimientos actuales en el terreno de la medicina, quizá nosotros también pudiéramos probar la inocencia de la pobre india; poner en evidencia toda la trama urdida por el indio adivino desde el instante en que comenzara a actuar, hasta presentar al sapo liado en el muslo y, lo que es más, dando por impostura toda su labor; cómo bien pudo curar Don Diego Bazán ante la certeza de que el supuesto hechizo había sido roto.

Otro proceso de no menor jerarquía diabólica es el que originara la querella entablada por el Capitán Don Francisco de Luna y Cárdenas como "marido y conjunta persona de



Esta reproducción fotográfica, tomada del libro de C. Galli Mainini *El diagnóstico del embarazo con bactracios machos*, muestra, a mayor aumento, los cordones ovulares del sapo cuya característica es la forma de rosario. Los huevos del sapo se hallan envueltos por el cordón gelatinoso.



Esta otra reproducción fotográfica, tomada de la misma obra, muestra la diferencia entre el sapo macho y hembra. La hembra es de mayor tamaño.

Doña Isabel de Vera y Aragón" contra la "Negra Inés", acusada de hechicería y confesa luego de este delito.

El proceso tuvo lugar en el año 1703 y la documentación respectiva se encuentra en la caja 2, Expediente 11, Secc. Judicial del Archivo Histórico de Tucumán ¹⁴.

En su escrito, Luna y Cárdenas dice: "...me querello sivil y criminalmente deynes negra mi esclava, y asiendo relasion del caso digo que la suso dicha con poco temor de Dios y en desucaso dela real Justicia ausado, el arte de echisera publica continuando en su delito pues sin embargo de aber muerto a mis Padres y dos hermanas con sus echizos y encantos autualmente tiene postrada enla cama, a la dicha mi mujer que se alla con mui poca esperanza de su bida por sircunstancias ebidentes que han sucedido la primera que el primer dia que caio enferma la dicha mi mujer le andubo tocando la cabeza la dicha negra que por su mala fama con algunos castigos que le e echo a confesado que, ella latiene en ese estado que esta pidiendola que la cure no a querido que en la misma forma sea reconocido por el Dr. Juan de Bargas Machuca quien, aestadi curandola con espesias que aecho arreconocido ser malefisio y sobre todo que en presencia suya y de testigos puso el dicho doctor cosimiento una cuarta de xabon en una paila de agua para la enferma y dejandola enfriar se convirtió en una semejanxas a leche cuajada y en temple muy subido y el dicho doctor admirado del caso pidió un pan de jabón y en la mesma paila fue en persona delante de testigos a aser nuebo cosimiento y puesto en la misma olla se enfrio y quedo el agua como agua de las basas donde se conosio que la dicha negra, abia en el primer cosimiento puesto más auida aquitarse la bista

y mando en mi estansia el dicho doctor retiremonos ala siudad y prosiguiendo dicho biaje con el doctor reconosio en el camino que se aflijio la dicha mujer y nos yso aser alto para poderle remediar su biolensia el dia siguiente cojio el doctor ami bista y de testigos la orina de la enferma y quebrando un guebo fresco en ella se lo echo disiendo este no es mi arte pero etenido bastante esperiensia en otras de este achaque y el guebo se surjio para arriba y luego incontinente cojio su orina y con otro guebo yso la diligencia y se fue apique y medijo despachemos por su esclabia de Vmd. que importa seyso el despacho y luego bino el doctor y me dijo amigo dele anuestro criador grasias que ya esta Vmd. y su esposa mejor mañana alas ocho del dia el por que no me lodijo porque enbio por ella y preguntandole dos o tres beses me dijo el doctor que en esta semanaxabia ydo ala cama de su ama y le cojio el biento en un palito como coro por la cabeza y que ami me abia cojido primero una yndia llamada mataraa, y que despues ella me a (falta una palabra) por detrás de donde se sigue que esta la tiene ala dicha mi mujer en el estado que esta cometiendo tan atros delito dicho de prisión y castigo suplico a Vmd. se sirba de condenar en las penas en que a incutridomandando las ejecutar en su persona sin ninguna dilacion antes que peresca la dicha mi mujer para escarmiento y castigo que asies justicia ella mediante.

"A Vmd., pido y suplico se sirva de aberme por presentado en bastante forma de admitirme en la querella criminal que tengo puesta contra la dicha Ynes negra por ser tan justificada de asegurar su persona con prisiones y proteder enla causa con la brebedad que pide el riesgo dela

bida dela dicha mi mujer pido justicia protesto y constas y Juro a Dios en forma de derecho no ser de malisia mi pendimento en lo necesario.

El Alcalde del paraje "Y estansia de Bartolome Varrio nuevo Jurisdiccion dela ciudad de San Miguel de tucuman" admite la peticion de justicia y tras de la detencion de la negra, se inician las diligencias para dejar esclarecido el caso. El primero en prestar declaracion es el Dr. Juan de Vargas Machuca, medico diplomado quien luego de jurar "por Dios Nuestro Señor y una señal de crus que hizo en forma dederecho so cargo del qual prometio de desir verdad de lo que supiese y sele preguntare preguntado si assi lo hisiese Dios le ayude delo contrario selo demande Y a la conclusion dijo si juro y amen. fuesele preguntado si conoce al dicho Don Francisco y a la dicha su Muger y la dicha negra: Dijo que las conse de solo ora que se los a comunido otraves. fuesele leida la petision antecedente dela querella de la parte y oido su tenor Y preguntandole yo que savia sobre los articulos de ella dijo: que era mucha verdad todo lo que en la petision se expresa y que estava escripta de su letra y que en quanto alo que se contiene de su dicho serreria ala relasion de la dicha petision y que sobre todo le conto la dicha negra aeste decuarante que El viento que se puso aViasido en la cavessa ala dicha señora y asu marido por las espaldas, que ala dicha Señora Sepuso con poquissimo termino de vida y que se abia valido de una pestesilla para que muriese la dicha señora muriese luego su marido para que se presumiese que el pesar lo avia muerto. Y que esta es laverdad de lo que sabe y passa en este caso so cargo de juramento que fho tiene en que se afirma yratifico

y dijo no tocarle las generales de la Ley, y que es de edad de quarenta años(y aviendosele leido su declaración dijo estar bien escrita y que no tiene qe, enmendar mas de que corre mucho riesgo la vida dela enferma y para que ello conste lo firmo commigo y testigos por la falta dicha y en este papel afalta del sellado".

Ante una declaración tan categórica a la vez que autorizada, la detención que venía sufriendo la esclava se convirtió en prisión, mientras el proceso seguía su curso.

Aparecen nuevos testigos, todos los cuales dan fe de la condición de hechicera de la Negra y cuentan algunas de sus maldades. Así, Doña Savina Jauregui Vaquedano, tras la requisitoria de rigor dijo: "...que lo que savia era que la dicha negra avia enhechizado ala mujer del Maestre de Campo Simón de Yvarra y que lavandole la cara adha distancia Levrotavan espinas dela cara y que esto le contó Francisco dessosa, y que es verdad que comunmente a tenido mala fama la dicha negra de publica hechisera y que esta es la verdad delo que save y ha oido y que no save mas so cargo de juramento que fecho tiene en que se afirma Y ratifico, y que así mismo avia oido desir que avia muerto una hermana de dicho Don Francisco deluna Y otra Da Maria muger de Pedro Cansino, y que no save mas".

De acuerdo a Derecho se nombra defensor de la acusada y mientras sigue la sustanciación de la causa, se presenta el Capitán Don Diego de Alderete de parte de Don Francisco de Luna, quien le había solicitado "viese y reconosiese las inmundicias que del cuerpo avia echado, y el dicho Don Diego en presencia mia Y de los testigos de Yuso

afalta de escribano manifestó un pepel enbuelto y dentro del venian tres guesesitos y preguntado alos circunstantes que deque animal serian dijeron todos que paresia de sapo y assi mismo trajo unos palos de yerba Y otras inmundicias como votones de asahar que no se pudo determinar lo que eran de que soy fee enquanto puedo y devo".

Es de hacer notar aqui que a través de todo el proceso, por primera vez aparece el sapo como objeto causante del maleficio, pero ya no interviene, ocasionando mal en forma pasiva, a la "distancia" o por "analogía" o "participación" sino que sus huesos son evacuados por el enfermo, haciendo suponer esto que los mismos fueron dados a beber al paciente. En este caso el sapo es "causa". Es de hacer notar también que una antigua creencia americana asegura que hay quienes, sin saberlo, beben con el agua huevos de sapos y ranas y estos huevos se desarrollan después en el estómago y conviértense en animales que ocasionan crueles tormentos y fundamentan, de paso, procesos de hechicería como el que estamos analizando.

Deponen otros testigos, sirvientes del enfermo, ya en torno al origen de los "guesesitos" y preguntados si "los hubiese echado su amo del Cuerpo Y que como los echo — Dijeron que los avia Echado por el curso — fueseles preguntado si podria alguna persona echarlos dentro de la vasinica — Respondieron que no. Y que no avia mas personas que ellos en la ocasion. — Y que verdaderamente los echo su amo del cuerpo. — Fueseles preguntado si antes de haser el curso pudiesen aver estado los guesos E inmundicias dentro dela Vasenica dijeron que no porque uno de ellos sela dio limpia. — Fueseles preguntado si savian o

avian oido desir o si se presumia quien les pudiese aver echo a sus amos aquel maleficio, dijeron que avian oido desir qe la Negra Ines que es la pressa". Por su parte, ésta niega toda culpa; desmiente ser hechicera y atribuye el maleficio a una india matara; maleficio que dice existir por haber visto las inmundicias de su amo. Así el proceso, entre defensas y acusaciones, se ordena la ratificación de los testigos y el mismo se abre a prueba. El acusador ofrece nuevos testimonios contra la acusada y pide se la atormente para que declare. Pese a la opinión de la defensa, el alcalde ordena que la bruja sea torturada en el "potro"¹⁵ y tras tan tremenda tortura la Negra, que es nuevamente interrogada, descubre toda la verdad; verdad en la que radica cuanto a nosotros interesa. En efecto, tenía pacto con Satán y había consumado el hechizo en perjuicio de sus amos. El demonio se le apareció con traje de español, y la primera vez que lo hizo le pidió su alma, y que ella "sela ofrecía para que La enseñase el arte de echiseria". Ratificada su declaración, en sus puntos esenciales, es la siguiente: "...aviendo visto la Ratificación hecha por Ynes Rea sobre el delito de que la an acusado en atenzion aque se a Ratificado en su confesión en quanto a que la dicha negra tiene encantados asus amos y hallarse los suso dichos mui afligidos y no aver declarado la forma en cuanto y no averlos desatado bolvi a la dicha prisión. En presencia de testigos afalta de escribano publico y Real con asistencia de su interprete, y le pregunte me dijese donde tenía los encantos y me dijo que dentro de un augero tapado con un trapo de vaieta y diciendole que lo sacara alargo la mano a un rincon en presencia de todos y quitando un trapo de

vaieta azul de un augero asomo un sapo blanco grande al que assi que sintio gente se volbio a desconder y entonces la dicha negra dijo que lo cavasen y lo sacasen que no estaba hondo y ejecutado lo hise sacar. El sapo con un Yndio, y diciendole que como se desaria el encanto dijo que dentro de la varriga del sapo estaba y que lo llevasen a la cavesera de su amo y dentro de un cantaro de agua lo tapasen Y que el sapo avia de echar al otro dia espinas y otras cosas con que tenia echo el encanto a dicho su amo y para que se averiguase la verdad del cassio mando se ponga al sapo en la forma que la dicha negra dise Y se ponga una crus a la voca del cantaro, Y preguntandole si en el sapo tenia El encanto tambien de su ama y dijo que no que en una araña selo tenia hecho y que ala noche la cojeria y enesta atencion para que conste por diligencia lo firme conmigo y suso dichos testigos en este papel afalta de sellado" etc.

Todo quanto manifestara la hechicera se confirma luego a través de las declaraciones del acusador y del Dr. Vargas Machuca. Uno y otro testimonian que el sapo echo "mas de catorze espinas de "quisca luro" como enla lengua se llaman Unos pelotonsillos de tavaco una flor (falta una palabra) y unos tres cavellos de dicho enfermo que cote (falta una palabra) los que el sapo echo y los dela cavesa del dicho enfermo y eran todos sin desigualdad ninguna y otras muchas inmundisias".

Lo cierto es que, pese a haberse roto el hechizo, el enfermo no curó. El Dr. Vargas Machuca, ante esta situación, interroga a la bruja para confirmar si eran catorce las espinas y ésta confirma el número, agregando que el pacien-

te no sanaba porque el encantamiento había sido hecho con dos sapos y sólo se había roto con uno.

Hasta aquí cuanto atañe a tan extraordinario proceso. De entonces acá, han transcurrido más de dos siglos. La cultura ha avanzado con velocidad de rayo. Pero el sapo y su poder dentro de la hechicería no han quedado atrás. Con sus ojos dorados, el batracio, desde su húmedo sitio en el fango, mira al rascacielo colosal y se complace en seguir siendo el motivo de mil maleficios. Claro que las formas han cambiado. Junto con el progreso que impuso sus elementos, la hechicería también se ha modernizado. Hoy, ya no hace falta "estaquiar" al sapo para que la víctima del hechizo sufra sus dolores. Basta con una fotografía. Y si cubrirla con "tierra de cementerio" es buen maleficio, mejor aun es depositarla bajo la panza de un sapo para que con su humedad y ponzoña la vaya carcomiendo como se verá también carcomido quien no supo ni pudo desatar el encanto. Además de lo señalado, en las noches sin luna podrá "cantarle" y esto es definitivo.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS DEL CAPITULO

¹ Reseña Historórica descriptiva de las antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata. Montevideo, 1896. Pág. 522.

² Algo tiene que ver esto con el "Caspi machajero", varilla o caña con que los quichuas inmovilizan y matan a las serpientes. Por "antipatía" tal varilla no sería otra que la que es usada para dirigir las manadas de sapos que habitan las Salamanca.

³ Op. cita., pág. 522.

⁴ TOBIAS ROSENBERG: "Esbozo de una teoría popular de la

enfermedad dentro de la medicina supersticiosa del Noroeste Argentino. Trabajo presentado al primer Congreso Nacional del Folklore. Noviembre de 1949. (De próxima publicación).

⁵ Tratado general de nigromancia. Sin fecha de edición. Bs. As., pág. 113.

⁶ Autor citado: Psicología evolutiva. Salvat. Barcelona, 1936, pág. 344/5.

⁷ Autor citado: Namoros com a medicina. B. de Investigaçao e cultura Nº 5, 1939. Edição da Livraria do Globo.

⁸ Opus cita., pág. 520.

⁹ La nota ha sido tomada del trabajo *El sapo en el folklore argentino*, publicado en "La Prensa", de Buenos Aires, por el malogrado escritor don Ernesto Morales. Pertenece al libro de Quiroga Calchaquí.

¹⁰ Opus. citad., pág. 133 y sig. Tucumán, 1939.

¹¹ Op. citad., pág. 241 y sig. Edición Ercilla, Santiago de Chile, 1941.

¹² Ver Curiosos aspectos de la terapéutica Calchaquí, pág. 12 y sig.

¹³ Opus. citad., Bs. Aires, pág. 127 y sig.

¹⁴ El Dr. Emilio Catalán, ya fallecido, fué quien exhumó este documento y lo publicó en toda su extensión en un trabajo titulado *La brujería penada con la hoguera en el Tucumán colonial. Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*. Año III, Nº 76 y 77. Bs. As., 1926.

¹⁵ El potro era un aparato mecánico constituido por una larguero de madero sostenido por cuatro patas. Se tendía al acusado sobre aquel larguero, donde había ocho agujeros redondos y dos alargados para que pudieran pasar por ellos las cuerdas y las correas, con las cuales se sujetaba a la víctima, reduciéndola a una inmovilidad absoluta. En uno de los extremos había una fuerte y gruesa grampa de hierro con dos agujeros, por donde pasaba la cuerda que ataba los pies; a unos 25 cm. de esta grampa se me-

tian la parte inferior de las piernas del torturado en un madero provisto de dos agujeros y que se abría como un libro para coger las piernas, y que luego, una vez metidas éstas en los agujeros se cerraban con tornillos. En el extremo opuesto del potro había un gran gato de hierro al cual iban a parar los dos extremos de las cuerdas que sujetaban las manos del acusado. Bastaba hacer funcionar el gato por medio de un torniquete para estirar las cuerdas y dislocar, desgarrándolos, los miembros del preso. La tensión se operaba gradualmente, corriendo de tres en tres los dientes del gato. Cada vez que se corrían los dientes se interrogaba al acusado, y si éste persistía en negar, el juez mandaba dar otra vuelta, es decir apretar otros tres dientes del gato; cada diente media cerca de catorce milímetros y hubo acusado a quien dieron hasta 26 vueltas". Dr. EMILIO CATALÁN, opus cit., pág. 28/29.

EL SAPO COMO DEIDAD

SU VIDA A TRAVES DEL FOLKLORE

A TRAVÉS del capítulo precedente hemos visto al batracio objeto de nuestro estudio, en íntima comunión con el Diablo y todo cuanto se relacione con las artes satánicas. Pero la historia de las creencias nos ofrece alternativas curiosas. Así como para muchos pueblos el sapo sólo sirve para causar "daño", para otros es de origen divino y, como tal, ayuda y protege a los que creen en su poder benéfico. Pero lo extraordinario es que los mismos que lo maltratan e infaman por un lado, por el otro lo veneran como un núnmen tutelar y hasta hacen de él una especie de Dios familiar, dándole un lugar en la habitación, en alguno de cuyos rincones el sapo, más de una vez, debió meditar sobre la versatilidad del alma humana.

Entre los Mapuches existe la creencia de que los sapos conservan el agua de las vertientes y los manantiales. Los antiguos araucanos tenían entre sus deidades al "dueño del agua", y éste era una especie de batracio "Ngenko", al que reverenciaban como guardian de sus bebederos y anunciador de lluvias. Dentro del folklore araucano el sapo sigue siendo el símbolo del agua, y su canto, a igual que entre nosotros, es un anuncio de lluvia. Entre los Calchaquíes también fué venerado, y Adán Quiroga¹, a propósito de esto, nos informa lo siguiente: "En el folklore calchaquí el sapo aparece íntimamente vinculado al fenó-

meno de la lluvia; y la creencia fetiquista del pueblo bajo, heredada de la antigüedad, atribuye a este animal y a la rana la virtud de hacer llover por acción propia, atrayendo bajo ciertas circunstancias y condiciones a las nubes". Dentro de la alfarería de los pueblos que moraron en el valle de Yocahuil, la representación del sapo aparece una y otra vez como manifestación posible del respeto y adoración que se le tenía. Aparece en pucos y urnas funerarias, y siempre su finalidad —a lo que dice el autor nombrado más arriba— responde a pedidos de agua. En esas representaciones, sobre el dorso del sapo hay siempre pintada una cruz, y Quiroga la vincula a una creencia popular todavía viva en la provincia de Entre Ríos, donde para pedir lluvia se hace una cruz de ceniza y sobre la misma, "estaquiao", se coloca un sapo. El autor de "Calchaquí" dice en torno a esto: "El uso de la cruz de ceniza en Entre Ríos, como en Calchaquí, para hacer llover y conjurar el granizo, es un dato revelador a la vez que la aplicación gráfica de la cruz que los sapos calchaquíes llevan pintada sobre el dorso de su cuerpo en la alfarería funeraria. El sapo colocado sobre la cruz, equivale a una doble invocación acuática. La cruz de ceniza debe ser una reminiscencia del fuego sagrado, pues que a ceniza reduce lo que quema".²

Diversas prácticas supersticiosas, de indudable raíz mágica, siguen hoy vinculando al sapo con la lluvia. "Cuando en Calchaquí la seca se prolonga y la naturaleza comienza a languidecer bajo la acción enervante del calor, remuevense las piedras contiguas a las vertientes y manantiales, y no bien se da con un sapo debajo de ellas, tómase al animal, y atándosele con una cuerda de la pata, se le cuel-

ga de la rama de un árbol, para que parezca en tan tristes condiciones si no quiso o no supo llamar a las nubes. Otras veces se le estaquea en el suelo con el vientre abultado para arriba, a fin de que le abrase el sol canicular, castigándosele con un gajo de ortiga o rupuchico, a fin de que precipite el cambio meteorológico. Entonces es cuando se dice que el fetiche³ crucificado y castigado implora el auxilio de las nubes, produciéndose la lluvia, con lo que obtiene su liberación".⁴ Un procedimiento análogo se emplea para que cese el granizo, y es común en Catamarca y San Luis. En Entre Ríos, como hemos señalado, la costumbre ha impuesto otras normas. Allí se estaquea al sapo con espinas de naranjos pero sobre una cruz de ceniza. Pero más simple y menos cruel que todo esto es colocar un sapo "panza arriba" como hacemos nosotros para idénticos fines. En la pampa central, y esto es común en casi todos los pueblos del orbe, se echan sapos vivos a los jagüeles para que éstos siempre conserven agua, pues se supone que son los sapos quienes se encargan de abrir las vertientes.

He aquí al sapo como deidad, y no sorprenda que se le mortifique y se le flagele para que brinde protección. El hecho es común en la historia de los pueblos y muchas supersticiones cristianas muestran cómo esto es verdad. Aun hoy se sigue atando nudos a "Santo Pilatos" y se "castiga" a San Antonio en vez de reverenciarlo. Esto de "castigar al santo" para lograr favores es cosa de todos los días. Se lo coloca cabeza abajo. Se lo pone en penitencia en algún rincón como si fuera un niño desobediente. Se lo arroja a la calle y aun así, cada día es mayor el número de sus adeptos. Con el sapo acontece algo semejante. Se le desprecia ca-

da vez más y más, pero, cada vez también aumenta el número de quienes sienten hacia él ese temor que inspira todo ser presuntivamente divino. Porque la adoración es consecuencia del miedo y, en el afán de justificarlo, cada día se van tejiendo nuevos mitos, nuevas supersticiones y leyendas que en su conjunto apenas si tienen el valor de una autojustificación. Y el sapo no pudo escapar a esta suerte. Se dijo de él que en su cabeza guardaba un diamante de poderes sobrenaturales y que su exterminio obedecía al deseo de extraer la maravillosa piedra usada como amuleto para preservarse de toda clase de enfermedades. Esta era la famosa "Piedra de sapo", que se engarzaba en anillos y sobre la que Sánchez Labrador nos informa lo siguiente: "Escríbese que en la cabeza de los sapos se encuentra cierta Piedra Medicinal, a la cual llaman en latín bufonites o piedra del sapo. Los autores no caminan de acuerdo en la explicación de esta piedra y esto basta para hacer sospechosa su existencia y legitimidad. Hermolao Bárbaro dice que ha sido hallazgo de los Recenciores, y que se perderá el tiempo buscándola en los antiguos, Plinio, Galeno y Dioscorides. Los inventores de esta joya la llaman boracis. Afirma Juan Bautista Porta que registró con cuidado varios sapos que abrió a este fin, pero que nunca halló en ellos tal piedra, y dice que se debe contar entre los minerales como muchas otras. Adriano Spigelio y Antonio Musa Brasavono, enseñan que es un huesecito, y no piedra, el que se halla en la cabeza del sapo. Aldrovando enseña el modo de buscarla, creyéndola piedra verdadera. Lo cierto es que el método que prescribe es muy incongruente, y que expuesto un sapo a los rayos ardientes del sol apenas vive un quarto de hora. Por



Cerámica negra de La Ciénaga, antigua civilización de Los Barriales (Noroeste Argentino). La elegante decoración zoomorfa es grabado. Cruces y flechas acompañan a la figura que representa un sapo. De *Ars Americana. L' Ancienne Civilisation des Barriales du Nord-Ouest Argentin*, por Salvador Debenedetti.



Cerámica negra con asa lateral. Presenta una decoración zoomorfa grabada, consistente en cinco animales en actitud aparente de tener en la boca una pipa de fumar. En las proximidades del asa, sin duda para llenar el espacio vacío, hay grabado un sapo. *De Ars Americana*, ídem, ídem.

esto Mirault enseña otro modo pero es adivinar. Boelclero dice que las Piedras, que venden con el sobre escrito de Bufoniteo, no es otra cosa, sino Herizos marinos, cubiertos de una costra o petrificados. Thomas Brown tiene por sospechosas dichas Piedras y por historietas sin fundamento.”⁵

“El mejor partido será —continúa Sánchez Labrador— todo negarlo, ni concederlo todo. Yo me persuado que muchas de las Piedras Bofonites, son minerales o fossiles y que se forman muchas en las canteras de Alemania y que muy rara se encuentra en el cráneo de algunos sapos, semejante a los ojos de cangrejo, a la piedra del Pez Guacupa, y de otros Peces.”

En verdad, no estaba equivocado. La tal piedra no era más que algún diente fósil de tiburón, usado como preservativo contra las enfermedades de los riñones, amuleto de niños, y para descubrir toda suerte de venenos. Otros hablaron de que su mirada tenía un extraordinario poder de fascinación, y dentro del folklore chileno encontramos un ser mitológico, el “sapo cuerzo” “que se diferencia de los demás sapos en que tiene el dorso revestido de una concha análoga a la de las tortugas. Este sapo brilla en la obscuridad, y tiene la vida tan dura que, para que muera, es necesario reducirlo a cenizas. Debe el epíteto con que se le califica a la gran fuerza de su mirada, para atraer y repeler lo que está a su alcance”.⁶ Todo eso también se dice de la serpiente pero a propósito de la larga vida del batracio son muchas las leyendas que se cuentan. Se asegura que enterrados, sin posibilidad alguna de alimento y respiración, son capaces de vivir largos años, y si nosotros de niños hemos hecho algunas experiencias siempre negativas, las consejas siguen y ninguna

tan curiosa como aquella que habla de piedras que, a manera de suculentas empanadas, en su interior guardan sapos que nunca conocieron ni el aire, ni la luz, ni el alimento. William Marshall, con cierto tono de credulidad, refiere una de estas leyendas que nosotros transcribimos: "Aprovecho la ocasión —dice— para hablar de un extraño cuento de viejas que desde hace mucho tiempo corre respecto a los sapos. Me refiero a la historia de los sapos encerrados en piedras, en las que, según se afirma, al partirlas aparecía uno de dichos animales, sin que se apercibiese en ellas la más pequeña entrada a su interior. Según esta leyenda, no podía tener acceso al sapo enterrado alimento alguno, ni agua, ni aire, y, sin embargo, el animal parecía estar muy contento, se movía alegremente y saltaba dentro del hueco que le alojaba."

"De la clase de roca, poco se ha podido puntualizar. Hay quien habla de calizas, aunque en algunos casos se han citado trozos de carbón de piedra. Hay tal variedad de datos, aportados en parte por gentes honorables, que no se puede aceptar que todo sea una superchería. Es cierto que algunas de estas afirmaciones son el producto de personas ingenuas que creyeron a pie juntillas lo que algún bromista pudo contarles, pero en otras debe haber algo de verdad. Puede llegar a admitirse la mayoría de los casos citados, menos lo referente a no haber acceso alguno desde el exterior al hueco en que estaba encerrado el prisionero y que sirviese de vehículo a los alimentos. Resulta a veces muy difícil observar y juzgar objetivamente. Se incurre fácilmente en autosugestiones, aun en el caso de encontrarse la persona presente en el momento del hallazgo. Lo que está del todo excluido es

la aseveración de que tales sapos pueden vivir cinco años en encierro completo."⁷

De esto se ha dicho algo más. Tantas eran las leyendas, que hubo quienes llevaron el asunto al campo de la experimentación científicamente controlada. Veamos los resultados. "En noviembre de 1825, Buckland, de Oxford, hizo practicar en un fragmento de piedra caliza doce cavidades redondas de trece centímetros de diámetro por un metro de profundidad; en su borde se abrió un surco circular, en el que encajaban un cristal y un disco de pizarra. Los bordes se cubrieron con barro, y formóse así una tapa impermeable que tampoco dejaba penetrar el aire.

"En otro fragmento de piedra compacta y arenosa se abrieron también doce celdillas de sólo quince centímetros de profundidad, cubriendolas del mismo modo.

"Las tapas de cristal tenían por objeto permitir la observación de los animales sin que el alimento pudiera introducirse en su prisión.

"El 24 de noviembre se puso en cada una de las veinticuatro celdillas un sapo vivo, cerrándose después con las tapas; las dos piedras se colocaron a un metro de profundidad de la superficie del suelo, cubriendolas con tierra, y examináronse por primera vez el 10 de diciembre del año siguiente.

En las celdillas de la piedra arenosa, muy compacta, todos los sapos estaban muertos, y los más en tal estado de descomposición que debía suponerse que hacía meses que habían perecido; en las celdillas de la piedra porosa los más de los sapos vivían, particularmente uno. La tapa de cristal de la celdilla de ese último estaba un poco rota, y por lo tanto existía la posibilidad de que se hubieran in-

troducido pequeños insectos; no se encontraron en la celdilla indicada, pero sí en otra cuya tapa de cristal estaba del todo rota y cuyo habitante había muerto.

“Al cabo de trece meses todos los sapos sucumbieron, tanto los encerrados en la piedra caliza como los de la piedra compacta.

“Después del primer examen se los observó repetidas veces sin levantar la tapa de vidrio; parecían siempre alegres, o por lo menos tenían los ojos abiertos, pero enflaqueciendo más y más, murieron al fin por consunción. Poco más o menos al mismo tiempo pusieronse cuatro sapos en tres agujeros abiertos en el lado septentrional de un manzano, agujeros de doce centímetros de profundidad por doce de ancho, los cuales se cerraron después con una saña tan cuidadosa que ni el aire ni los insectos podían penetrar; al examinar a estos mártires de la ciencia al cabo de un año, todos estaban muertos y en estado de descomposición.

“De estos experimentos resulta que la resistencia vital de los sapos no es tan grande como se creía y que ninguno de estos animales puede vivir muchos años en un espacio cerrado y sin aire, ni pasar dos sin alimento alguno; también prueban que al encontrar sapos en cavidades pedregosas no se averiguaron con bastante cuidado las circunstancias y que todo cuanto se dice sobre sapos que a mucha profundidad vivieron siglos enteros encerrados en cavidades de piedra no es más que pura fábula.”⁸

Pero si los batracios gustan de las piedras como morada, tampoco desprecian a las nubes donde suelen reunirse en manadas enormes, quizás en el deseo de evitar todo contacto con el hombre. Pero a veces la suerte le es adversa y en-

tonces, arrojados por el viento, cubren campos y poblados en una especie de maldición bíblica. ¿Cuál si no ésa es la razón de supuestas lluvias de renacuajos y sapillos de que hablan tradiciones populares y de las cuales tampoco pudo escapar nuestro país?... Hace años se habó de una lluvia de sapos en una vasta extensión de los bosques chaqueños. Los periódicos se ocuparon de ella y la historia aún sigue contándose...

Algo hemos dicho ya de la mirada del sapo; pero la superstición va más lejos aún. Para muchos la mirada de este animal es peligrosa, tanto que hace palidecer al hombre y lo coloca en vías de muerte violenta. Sánchez Labrador en su “Paraguay Natural”, habla de esto como de una verdad demostrada y cuenta la historia de un presunto experimento realizado por Vanhelmont, quien como consecuencia de la mirada del animal habría sufrido un sincopal «con sudor frío y frecuentes deposiciones del vientre y de la orina» y que sólo pudo curar mediante la Triaca y Sal de Bivoras.⁹ Y si esto toca a sus ojos, ¿qué decir entonces de su piel, de su orina, de su saliva, su baba, su hiel y de lo que la gente ha dado en llamar el “agua del sapo”, síntesis de la fusión de todos estos elementos?... Las historias aquí se multiplican. No es ya el animal lo despreciable; todo lo que lo rodea es infecto y es su pobre humanidad quien lo ha contaminado. No podemos escapar al deseo de dar a conocer todo ese cúmulo de supersticiones y, al hacerlo, veremos como en la urdimbre de creencias se va tejiendo toda esa gama de matices que, en su conjunto, constituye el mundo mental en que se debate aún el hombre que no ha alcanzado los estratos superiores de la cultura.

Mucho se ha discutido sobre el veneno de la piel del sapo. Las conclusiones sobre el particular, son ya definitivas. Tal veneno obtenido por raspado o flagelación del animal es un líquido viscoso que mezclado con agua destilada y filtrado en una bujía Chamberland a una presión de cinco atmósferas, tras de ser tratado con cloroformo arroja una sustancia en el filtro que evaporada a seco, deja una resina, capaz, si se inyecta, de producir una ligera hinchazón. En este aspecto, el batracio ha sido rehabilitado. Lo cierto es que se trata de uno de los individuos menos dotados para su propia defensa y cuanto se le atribuye es obra de mal intencionados y perversos que justificaron así su afán de exterminio de la pobre bestezuela. Elifas Levi dijo de él: "El sapo por sí mismo no es venenoso, pero es una esponja que absorbe venenos: es el hongo del reino animal".¹⁰ Y si esto es cierto, no es menos verdad que todas las historias respecto a la ponzoña del animal siguen en vigencia: Mata a un animal o a un ser humano. Basta que la víctima haya bebido una mínima porción de aquélla. En cuanto a su orina, enceguece con sólo tocar los ojos de su víctima y, el sapo, cuando se siente amenazado, sabe buscar siempre la posición exacta para lanzarla. Si toca las carnes, éstas se pudren de inmediato y si es ingerida, sus efectos son mortales. Para muchos, el sapo escupe veneno ya que no puede inyectarlo por carecer de medios para ello y su saliva es tan venenosa como su hiel y su sangre, pese a que esta última constituye uno de los elementos preferidos dentro de la terapia popular. No obstante, pueblos había en América que se alimentaban de su carne. Oviedo y Valdez nos informa de ello y suya es esta amable crónica: "De los sapos quiero hablar aquí, por

la semejanza que tienen en su forma con las ranas aunque ellos son muy mayores e mas feos, por su hinchaçon. Muchos hay en esta isla, e no creo que harian provecho a quien los comiese, aunque en la Tierra-Firme los comen en muchas partes e islas de la costa austral. E yo tenia una esclava de aquella tierra, e no ha muchos días que comió uno de estos sapos en una hacienda mia, e creese que otra cosa no la mató, porque desde a pocos dias que hubo comido un sapo, se sintió mala, y en quatro o cinco días se murió. Y ella debiera pensar que los sapos desta isla no son dañinos, como los de su tierra, a quien los come. También los de España son ponzoñosos y malos, e tanto peores quanto son de mas fria tierra. Críanlos e tienenlos atados a cebo en algunas partes de la Tierra firme, para los comer después por muy preciado manjar. Yo los he visto comer algunas veces a los indios en aquella tierra, e no vi en mi vida manjar que más asco me diese ni que peor me pareciese: de lo cual se reian mucho los indios, porque les parecía grande ignorancia la mia no parecerme bien tan aborrecible pasto a mis ojos e tan grato a su paladar e gusto. Esto se quede para su lugar, porque no se truequen las materias ni se quiten del sitio que deben tener; porque este manjar es de la Tierra Firme, e decir se ha dónde le estiman e usan del tan comunmente, como en España el pan, o la vaca, o otra cosa de las mas comunes al mantenimiento de los hombres."¹¹ El mismo Labrador, que tanto habla de las propiedades tóxicas del anuro, señala que muchas tribus del Paraguay, especialmente los Mataguayos, lo comían, y cuenta como Pedro Martyr, cuando se vió hambriento en la isla Peragua de la América, también tuvo necesidad de comerlo. Pero Sánchez Labrador

aclara: El veneno del sapo no está en la carne sino en los "humores" y agrega que también la carne de víbora se come sin ningún peligro. En cambio es venenoso cuando el "humor" penetra por alguna herida.

Los hechiceros, divulgadores de las supuestas propiedades tóxicas del animal, aprovechaban de las mismas para hacer pociones y bebidas mortíferas que, juntamente con sapos tostados y molidos hasta ser reducidos a polvo, usaban en sus maleficios "de los cuales dan una pequeña porción a los que pretenden quitar del mundo". Tales tóxicos, a decir de Sánchez Labrador que no era un convencido de sus efectos, producían "inflamación de las fauces y garganta, sequedad, ahogos, hediondez, hipos, vómitos, disentería, desmayos, vaquidos, privación de la vista, convulsiones, delirio y palidez". Sin embargo, eran pocos los que morían como consecuencia del tóxico. Había toda una farmacopea para contrarrestar sus efectos y de ella ya tendremos oportunidad de ocuparnos más adelante.

Tampoco el aliento del animal escapó a la seña de sus detractores. Lo contamina todo. "Envenenan a los hongos y ensaladas, produciendo indigestiones con bascas, según lo señala Bomare, hablando de los sapos de Europa."¹² La calumnia es evidente. Lo cierto es que el sapo busca cobijarse bajo la sombra de plantas que puedan prodigarle reparo a la vez que humedad. En este sentido ha tenido la mala suerte de elegir una seta que nuestro nativo denomina "paraguau'sapo" que para desgracia suya es tóxica y a eso se suma su predilección por la cicuta y la salvia, dos plantas —una venenosa— universalmente conocidas y bajo cuyo reparo suele pasarse días y días. Si bien la salvia se usa como

medicamento, empleada en demasía, también es tóxica y estos antecedentes pueden dar una idea de cómo va formándose la leyenda. Hay una relación de causa y efecto. Claro que burdamente delimitada.

Y ahora digamos algo de la baba del batracio. Lo cierto es que el sapo no expelle tal producto, pero el pueblo no admite esta verdad, hoy indiscutible. Aceptarla equivaldría a romper el eslabón de toda una cadena de leyendas que para ciertas esferas de población, tienen mayor encanto que cualquier verdad científica por pura y exacta que sea. Una de esas leyendas es la que nos remite a las antipatías entre el sapo y la víbora, su mortal enemiga. Entre reptil y batracio hay planteada una lucha a muerte, donde no siempre triunfa el más fuerte sino el más astuto. Si la víbora sorprende al sapo se lo engulle tranquilamente a despecho de todas las teorías que hablan de su toxicidad. Pero si es el sapo quien encuentra dormida a la serpiente, entonces sabe tomarse venganza. Por cierto que no la ataca. Prefiere valerse de su baba. Rodea al reptil haciendo con su supuesta baba una verdadera muralla china y cuando termina este primer propósito, se sitúa a distancia y con esa voz que ha servido para que alguien lo designe como "ruiseñor del fango", empieza a cantarle. Al despertar la serpiente y verse rodeada de tan indigna manera, no piensa transponer el cerco. Sería ello disminuir su condición de reptil y ante la disyuntiva de morir o de verse humillada por el batracio, no vacila en lo primero recurriendo al suicidio como solución del problema. La gente asegura que, en tales casos, la víbora se mata inoculándose su propio veneno. Para ello se muerde la cola. Pero no es el caso de encontrar dormida a la ser-

piente. El sapo sabe cuáles son sus nidos y los marca con su baba para que los hombres puedan matarlos.

Es proverbial la antipatía entre el sapo y la serpiente. Las leyendas sobre el particular son muchas y ellas definen una tendencia popular que, en el terreno de la medicina, se va fijando luego como una concepción contraria al "similia" homeopático. Pero el caso es que no sólo la aversión se manifiesta hacia la víbora, cuyo veneno neutraliza al del sapo o viceversa, sino que toca también a la araña, mentada siempre en todas las curas donde uno debe librarse de los efectos del batracio. Sánchez Labrador, a propósito de esto nos dice: "Celebrase la *antipatía* que tiene este animal con las arañas y se asegura que el veneno del uno destruye el del otro. Corren solemnes historias en orden a sus combates en los cuales, por lo común, quedan victoriosas las arañas. Pero es cosa difícil de adivinar de qué sapos y de cuáles arañas hablen tales antipáticos. En Inglaterra, como escribe Buum, encerraron en un vaso de vidrio un sapo en compañía de muchas arañas. Estas, sin la menor resistencia, se pusieron sobre la cabeza del sapo, y caminaban libremente sobre todas las partes de su cuerpo, y el sapo en pocas horas, según se le proporcionaba la oportunidad, se engulló siete de ellas. Camerario refiere que en la corte de Baviera, "aviedose soltado de su jaula un Leon, saltó a un corral y devoró todas las gallinas y gallos que encontró. De esto se vé que adelantan muy poco en el asunto los que para probar la Antipatía del Sapo con las Arañas alegan la del Leon con los Gallos".¹³ Pero si ésta es una historia con moraleja, viene al caso lo que nos informa un escritor anónimo, en un libro de divulgación, respecto a tales antipatías. Claro que es le-

yenda pura, pero su interés para nosotros radica precisamente en eso.

"Una vez un fraile llevó a su celda unos hacedillos de juncos, entre los cuales se hallaba un sapo; extendiólos en el suelo, y cuando hubo comido se echó encima para descansar y dormir. Poco después salió el sapo, púsose sobre la boca del fraile, agarróse con las patas anteriores al labio superior y con las patas posteriores al inferior. Arrancar al sapo hubiera producido la muerte del hombre, pero dejarle era peor que la muerte misma.

"Entonces dieron algunos el consejo de llevar al fraile a la ventana, donde una gran araña tenía su tela; hízose así, y tan luego como el insecto vió al batracio, bajó por un hilo, colocóse sobre el sapo y le picó, lo cual hizo que el reptil (así dice el original) se dilatara, pero sin soltar su presa.

"A la segunda picada de la araña el sapo se hinchó más aún, aunque tampoco se le obligó a soltar al fraile, y sólo cuando la araña le picó por tercera vez, cayó y murió."¹⁴

Ésta es una de las tantas leyendas que se vinculan a la extraordinaria fuerza que el escuerzo parece poseer en sus mandíbulas.

Pero las creencias y supersticiones relativas al sapo no terminan aquí. Para muchos pueblos la presencia del batracio es un anuncio de muerte.

"En la superstición popular alemana —dice el doctor G. Buschan en su trabajo "Los animales en el culto y en la superstición de la civilización nórdica", publicado en el N° 8 del año 1948 de la revista "Actas Ciba"—desempeña un papel importante el sapo. Pasa por ser un animal que alberga en sí las almas de los difuntos, aun cuando se halle

muerto y completamente desecado. A los sapos se atribuyen propiedades sifílicas. Este animal produce opresión, se transforma en un niño mal criado, quita sangre a las personas y leche a las vacas y es un mensajero de la muerte para la casa en la cual se cobija, guarda tesoros subterráneos, etc. Se dice que el sapo es también capaz de procrear un niño monstruosamente degenerado o provocar un aborto con la llamada mola, debido a que se introduce insidiosamente en la matriz de la embarazada y aquí perjudica al feto. Según la superstición popular alemana, la matriz y el sapo guardaban entre sí una curiosa relación mágica. En numerosas iglesias, especialmente en los lugares de peregrinación de las regiones católicas de Alemania y comarcas limítrofes, se encuentran numerosos exvotos en figura de sapos que quieren representar una matriz, como ofrendas por la curación de enfermedades ginecológicas. En el sentir de las gentes, la matriz constituye un ser independiente en el vientre de la mujer, que puede moverse libremente dentro del cuerpo e incluso abandonar temporalmente éste. Platón ha dicho que la matriz es un ser ávido de fecundación que, cuando no ve cumplido este deseo, se inquieta y comienza a moverse en el cuerpo de un lado a otro, siendo éste el origen de toda clase de enfermedades en las mujeres. Los exvotos en forma de sapo son ofrecidos especialmente en casos de enfermedades de la matriz, esterilidad, trastornos histéricos y otras dolencias semejantes." (Pág. 225/6.)

Si el sapo, para muchos pueblos representa la matriz y la serpiente es símbolo fálico, demás está señalar la importancia de estas creencias para justificar no sólo las "antipatías"

evidentes, sino para estudiarlas a fondo como revelación posible de ideas de fecundación.

Entrar un sapo en una embarcación, entre los guaraníes —para volver a América—, era señal de que alguno de los que iban en ella habría de morir pronto.¹⁵ Entre los quichuas, súbditos del Inca, el sapo ("ococo" o "ampatu") era un animal de mal agüero y si el indio lo topaba en su camino, alejábase de él, seguro de que aquel día ocurriría algún desastre".¹⁶ A igual que a la "víbora mamona", se le atribuye la costumbre de pasearse por las cuadras en el afán de amamantarse en las ubres de las vacas y cabras recién paridas, y esta glotonería por la leche quizás justifique el uso del substancioso líquido para romper ciertos hechizos. Hay quienes dicen que devoran a sus propios hijos pero, si esto fuera poco, le asignan también algunas anormalidades de orden sexual, que la ciencia, al parecer, se ha empeñado en confirmar. Viéndolos perseguir a algunos pescados, se creyó que el sapo lo hacía en el deseo de adquirir su agilidad de movimientos. Pero los hechos se han empeñado en mostrar que esa persecución es a peces hembras, atribuyéndose este hecho a la enorme cantidad de sapos machos frente a una evidente minoría del sexo opuesto. Esto, como decimos, sólo han podido establecerlo los hombres sabios, porque la gente del campo no sabe diferenciarlos, y de ahí un estribillo que repite cuando habla del instinto sexual de los humanos: "El hombre no se acuesta con el sapo porque no sabe cuál es el macho y cuál es la hembra". Ésta, es sólo una de sus expresiones. En el graficar animalista del hombre de nuestro campo, el sapo no escapa a expresiones risueñas y contundentes. Cuando se pretende señalar algo misterioso, con olor

a cosa no muy clara, basta con decir "Tras la tinaja hay un sapo". Todos comprenden y tratan de "esquivarle el bulto".

Lo expuesto, sin embargo, es parte mínima en la biografía de quien tantos odios ha sabido reunir. Si hay quienes tratan de rehabilitarlo es porque comprenden que el animalejo es ajeno a toda esta suerte de infundios y, si su cuerpo, en el terreno de la hechicería, ha servido para mil maleficios y sus costumbres y hábitos de vida, lo han llevado al folklore de todos los pueblos del mundo, es en el terreno de la medicina, sin embargo, donde el sapo ha ganado la gloria de recorrer todas las etapas de la cultura humana y llegar hasta nosotros a través de un interrogante de respuesta cada vez más difícil.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS DEL CAPITULO

¹ Autor citado: *La Cruz en América*. Pág. 221. Editorial Americana. Bs. Aires. 1942.

² ADÁN QUIROGA: op. cit., pág. 224.

³ Creemos llegado el momento de establecer claramente la diferencia entre *fetiche*, *amuleto* y *talismán*, que a tantas confusiones se presta, como lo evidencia el hecho mismo de que Quiroga llame fetiche a un ser vivo. Fetiche deriva del portugués "feítico" y corresponde a la voz latina "facticius" (hecho con las manos) y en un principio se usó como denominación de los amuletos cristianos, siendo empleada en el siglo xv por los navegantes para designar las maderas y piedras primitivamente talladas que eran adoradas como portadoras de fuerzas mágicas por los negros del África Occidental. Los misioneros adoptaron esta palabra para designar una forma de cultura africana calificada de "fetiquismo".

"La palabra *amuleto* es derivado de una voz latina, la cual, sin embargo, no se encuentra con gran frecuencia en los autores clásicos y cuya etimología es discutida. Es posible que se relacione con la palabra *amoliri* (expulsar)."

"La palabra *talismán* se deriva directamente de la palabra griega "Telesma", que según los autores más recientes de la antigüedad significa algo como boato, u objeto de lujo (sólo a partir de Augusto se confirma esta significación), pero entre los bizantinos es usada para expresar un objeto consagrado: Apostolesma."

"Las tres expresiones forman parte del concepto global de los "remedios mágicos curativos protectores y de encantamiento".

"En particular, entendemos bajo el nombre de amuleto un medio de alejar la desgracia y bajo el nombre de talismán un portador de la dicha." "El fetiche pertenece al patrimonio remoto de los pueblos primitivos y es un hechizo eficaz, cuya supuesta acción es encauzada por el deseo de su portador." (Extractado del trabajo del doctor W. BORN: *Fetiche, amuleto y talismán*. Revista "Actas Ciba", Nº 1-2. Enero-febrero, 1944. Bs. As., pág. 2-3.

⁴ A. QUIROGA: Op. cit., pág. 224.

⁵ A. RUIZ MORENO: *La Medicina en "El Paraguay Natural"* de P. José Sánchez Labrador S. J., pág. 126-7. Edición Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán, 1948.

⁶ JULIO VICUÑA CIFUENTES: *Mitos y Supersticiones*, pág. 85. Santiago de Chile, 1915.

⁷ Autor citado: "El sapo de los ojos dorados" en "El Reino de los animales", tomo II, pág. 488 y sig. Espasa-Calpe. Madrid, 1946.

⁸ Autor anónimo. En un trabajo titulado *La Rana* de una serie de cuadernos publicados bajo el título de "Los animales", Nº 24. Ediciones "Prensa Popular", Madrid, S/F.

⁹ Op. cit., pág. 125.

¹⁰ DAVID D. GRANADA: *Supersticiones del Río de la Plata*, pág. 561, Montevideo, 1896.

¹¹ Autor citado: *Historia General y Natural de las Indias*, tomo III pág. 142. Editorial Guarania. Asunción del Paraguay, 1944.

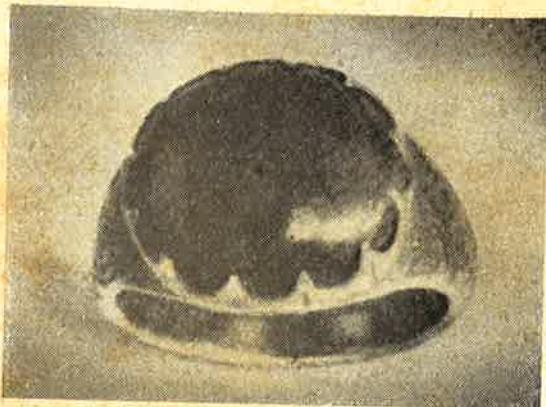
¹² A. RUIZ MORENO: Op. cit., pág. 124.

¹³ Idem, ídem, pág. 138.

¹⁴ Autor anónimo. Ver nota N° 8.

¹⁵ D. D. GRANADA: Op. cit., pág. 345-6.

¹⁶ ERNESTO MORALES: "El sapo en el Folklore Argentino", "La Prensa". Buenos Aires.



Anillo con "piedra de sapo", usado como amuleto contra las enfermedades de los riñones, para descubrir los venenos y como talismán para niños. Génova, siglo xvi. Museo Victoria y Alberto. Esta pieza fué publicada por primera vez por la Revista *Actas Ciba*, N° 1 - 2, 1944.



Ofrendas de plata en forma de sapos. A la izquierda: De la Iglesia de Schwaz (Tirol). A la derecha: De la Iglesia de Altötting (Baviera). Col. de estampas del Dr. G. Buschan. Revista *Actas Ciba* N° 8, 1948. Este tipo de "promesa" se usaba para conjurar afecciones de orden ginecológico.

EL SAPO EN LA MEDICINA SUPERSTICIOSA

HABLAR del sapo para situarlo en el terreno de la medicina popular o supersticiosa, equivale poco menos que a recorrer la historia misma de la Medicina y preguntarse si es que, en determinados momentos de la humanidad, el pueblo recoge y hace suyo cuanto le brinda la ciencia oficial o si es ésta la que se vale de los conocimientos populares para oficializarlos a través de observaciones que, anteriormente, no siempre se fundaban en valores racionales. En uno y otro caso, todo pertenece al folklore, pero lo interesante es que cuanto parece sobrevivencia, sirve a cada instante para punzar la inquietud del investigador moderno que, si en muchos órdenes va destruyendo patrañas, en otros no tiene más remedio que dar razón a gentes sin cultura que fundamentaron sus conocimientos a través de un empirismo primario que los muestra, sin embargo, como profundos observadores de la naturaleza y de todo cuanto en su alrededor se agita.

Si por una parte la Medicina primitiva y su sucedánea, la medicina supersticiosa, es eminentemente mágica, por otra, "el saber popular" va fijando hechos, analogías, conocimientos que se desarrollan a través del tiempo y que, por su valor funcional, llegan hasta nosotros en toda su integridad, sirviendo así a menesteres científicos que sólo los obcecados y los fatuos colocan en un terreno peyorativo. La ciencia, hoy, acepta todo. Pero lo acepta no para hacer de ello ver-

dades de razón o de fe, sino para analizar, para discriminar, para destruir falsas creencias o para apuntalar o confirmar verdades supuestamente apriorísticas. Toda la historia de la medicina es un continuo vagar en medio del vasto campo de los conocimientos y creencias populares, donde a veces sabe encontrar raíces que, desprovistas de su corteza supersticiosa, pueden servir en la lucha que el hombre ha entablado contra la enfermedad.

Y el sapo, como elemento curativo, no escapa a esta ley. Es precisamente en la medicina donde aparece con mayor vigor y si el gran Paracelso usaba un amuleto opoterápico en cuya composición entraba el "polvo de sapo y cuatro piedras de araña, de las que llevan una cruz sobre la espalda, porque esta clase de arañas llevan algunas piedras muy pequeñas que sirven de preservativo contra las pestes y las enfermedades de cualquier clase", no sorprenda que en la antigüedad el sapo fuera tenido como único remedio para combatir el cáncer, sobre cuyo origen, entonces misterioso, se tejían las más extrañas conjeturas.

En un libro extraño, de alto interés científico, sin embargo, y difundido entre el cuerpo médico universal, a título de introducción al estudio de la opoterapia, fruto maduro de toda esta serie de concepciones primitivas, se daba la receta: "Cuando el cáncer está ulcerado, se cogerá un sapo vivo e inmediatamente se aplicará entero sobre el tumor; uno de gran tamaño si la úlcera es grande; uno pequeño si la úlcera es pequeña. Una vez aplicado, se sujetará con un vendaje para que no se escape. A fin de que el sapo no se perjudique al cogerlo, valeos para ello de un pedazo de lienzo, tomando el animal por el dorso; y dejad aplicado el

mismo lienzo sobre la úlcera durante veintidicuatro horas. Cuando lo quitéis, fijáos en si ha sido comido, porque el no haberlo sido es señal de que el cáncer ha muerto; y entonces curaréis la herida con emplasto negro aplicado sobre unas planchuelas. No obstante, para mayor seguridad, es preferible aplicar otros sapos hasta adquirir el convencimiento de que no son comidos, pues ello es una prueba infalible de que el cáncer ha muerto."

El interés de esta receta no sólo radica en el empleo del sapo como elemento curativo, sino que también en la concepción que de la terrible enfermedad tenían los antiguos. El cáncer era un ser viviente; un gusano de la carne que infectaba a la carne y que de ella se alimentaba. La etimología de la palabra deriva de este concepto y aún hoy se habla en nuestros campos de "alimentar la enfermedad" cuando, en casos de la cruel dolencia, se coloca, diariamente, sobre la parte afectada, carne fresca para que el cáncer tenga que comer y no prosiga así su labor de desintegración celular.

La fórmula anotada era, sin embargo, una de las tantas que se aconsejaban para combatir el mal. Otras había donde el pobre batracio debía sufrir previamente una preparación larga y cruel cuya finalidad era lograr la esencia de sus propiedades farmacodinámicas. Se lo capturaba vivo y se lo colocaba en una olla de barro bien tapada, alrededor de la cual encendíase fuego hasta que el pobre animal quedaba reducido a cenizas o completamente desecado. Esto era el famoso "polvo de sapo" de la medicina antigua y también de nuestra medicina aborigen. En su composición clásica, no entraba otro elemento. La polifarmacia tuvo siempre poca

aceptación dentro de la medicina auténticamente popular, que prefería siempre el producto único, así fuera hierba, animal o cosa, a toda esa serie de "compuestos" que nos regalaron los "físicos" y alquimistas del medioevo, debiéndose aclarar que con el nombre de "físicos" eran entonces conocidos los médicos. La farmacopea popular es producto de síntesis, consecuencia del empirismo en medio del cual se desarrolla. Sólo la medicina oficial de la antigüedad y toda época oscurantista gustó de los "mixtos" y "compuestos", presuntivamente diabólicos, y es así como se justifica que en la "Triaca Magna" entraran no menos de setenta elementos. La farmacopea oficial de la actualidad también huye de la polifarmacia, ya que sus preparados se van simplificando día a día como queriendo dar razón a esas gentes simples que no buscaron soluciones allí donde no había problemas. Pero volvamos al cáncer y a su relación con nuestro trabajo. A través de otra receta veremos cómo muere:

"Coged bajo una salvia² uno de los sapos negros que se hallan en semejantes sitios y que de aquella planta se alimentan. Será colocado vivo, entre dos platos, en un horno caliente o en una olla de barro bien tapada, para que muera y se seque y pueda ser reducido a polvo. Con este polvo se espolvorea cada día la úlcera. El cuarto día deberá colocarse bajo la llaga una escudilla llena de agua, para que al descubrir la llaga salga de ella un animal del tamaño de una avellana que procuraremos caiga en el agua. El mal no tardará en curar. El motivo de emplear este remedio es que en el cáncer hay un gusano rojo que come la carne y que, encontrando cebo y alimento adecuado en la ceniza del sapo, conforme lo ha demostrado la experiencia, insinúase

insensiblemente en la ceniza y en el lienzo; y, aplicando repetidas veces este remedio, se expulsa el gusano de la carne que infectaba y con la que se alimentaba."³

Este no era un remedio propio de hechiceros ignorantes o de embaucadores en tren de hacer fortuna. Le daban validez autoridades de la medicina antigua tales como Dée, de los Anglois y de Ettmuller.

Dée fué un médico inglés que falleció en el año 1658. Su idoneidad la acreditaba el hecho de haber sido médico del zar de todas las Rusias y luego de Carlos I. Dedicábaise a la astrología y en nada preocupábase de las cosas terrenas. Por ello murió en la indigencia pero no sin antes resumir su pensamiento en un libro que lleva por título: *Fasciculus chemicus, obstrusoe scientiae ingressum, progressum, coronide, explicans*⁴ Creía a pies juntillas en los poderes curativos del batracio y su nombre apadrina la siguiente receta:

"Contra la incontinencia de orina en la mujer, producida por desgarro de la vejiga en un parto laborioso, el polvo de sapo desecado o calcinado vivo, colocado en una bolsa sobre la fosita del corazón, cura con seguridad esta afección."

Cardán, ese médico italiano que creía en los sueños, en los amuletos y en los encantamientos; que estudió astrología y matemáticas, que enseñó en Milán, Padua y Bolonia; que descubrió el modo de suspensión que lleva su nombre y a quien también debemos la resolución de las ecuaciones de tercer grado, tampoco pudo sustraerse al encanto del sapo como material capaz de aliviar los dolores humanos. Claro que vivió en el siglo XVI (murió en Roma en el año 1576) pero aún así, sorprende la seguridad con que afirma haber usado al sapo contra la esquinancia con resultados satisfac-

torios. "Un sapo cocido y aplicado sobre la garganta en forma de cataplasma —dice— da tan excelentes resultados, que por este medio he curado a algunos enfermos que estaban en estado desesperado."⁵

Las recetas son muchas. Algunas tienen posible fundamento empírico. Para las fistulas se recomendaba lo siguiente: "Póngase un sapo vacío en una olla resistente al fuego; cúbrase ésta de manera que el animal no pueda salir de ella; rodéesela de brasas; y déjese que el sapo quede reducido a cenizas sin que el fuego lo toque. Póngase de este polvo sobre la fistula previamente lavada con vino caliente u orina de niño varón."⁶ Y a propósito de esto, un comentarista erudito dice: "La orina de niño varón ha sido siempre considerada como favorable a la cicatrización de las úlceras y de los sabañones; de aquí esta feliz asociación con la ceniza de sapos."⁷ Otras pertenecen al campo de la magia, y he aquí una receta para estar despierto o hacer dormir: "...basta cortar sutilmente y de un solo golpe la cabeza de un sapo vivo y dejarla secar. Se observará que uno de sus ojos queda abierto y el otro cerrado. El que queda abierto hace estar despierto al que lo lleva encima, y, por el contrario, el cerrado hace dormir." La verdad es que no se conoció hipnótico mejor ni más inofensivo.

Pero es cuando la terrible peste, donde el sapo, juntamente con otras alimañas tan despreciadas como él, hace valer su poderosa condición de agente profiláctico. Claro que hay que tener fe. Durante la sepidemias, el miedo mismo favorece la infección. Huir del temor es huir también de la enfermedad, sobre todo si a esto se une cargar encima un amuleto resultado del siguiente compuesto: "Tómense

tres o cuatro sapos de gran tamaño, siete u ocho arañas y otros tantos escorpiones, y póngase en una olla bien tapada, en la que permanecerán durante algún tiempo. Añádase después cera virgen, manteniendo siempre bien tapada la olla; póngase a cocer a fuego lento hasta que el todo forme un licor. Una vez obtenido esto, mézclese bien con una espátula y hágase de ello un ungüento, que se colocará en una cajita de plata bien tapada, que hay que llevar encima. El que tal haga puede tener la seguridad de quedar indemne de la peste."⁸

Todo lo que antecede toca a la vieja Europa y a su antigua medicina. En América existe idéntica tradición en lo que a las propiedades profilácticas y terapéuticas del sapo atañe. La medicina aborigen de nuestro continente, en este aspecto, no parece ser más que una prolongación de todo ese cúmulo de creencias que pueden hablarnos ya sea de la teoría bastianista o de correlaciones culturales que parecen perderse en el infinito del tiempo.

Sánchez Labrador, en el trabajo ya citado varias veces a través de este ensayo, trae interesantes datos referentes al sapo y la medicina en lo que atañe al Paraguay. Más que de investigación, sin embargo, su labor es de erudición, y resume, en consecuencia, cuanto sobre el batracio se conocía por ese entonces. Su fuente es europea pero, no obstante ello, su aporte es valiosísimo para el fin que nos proponemos. De ahí que consideremos de importancia transcribir muchas de sus referencias para presentar luego cuanto es producto de nuestra propia investigación por los campos del noroeste argentino.

Hablando de las propiedades medicinales del sapo

y transcribiendo a autores antiguos, posiblemente a Eliano, dice lo siguiente: "El sapo contiene mucha sal volátil y mucho óleo. Usase externa y internamente en Medicina, sus Polvos son Diuréticos y buenos para curar la Hydropsia y provocar la orina. Para eso se tuesta el sapo, a el calor del sol, o al fuego en una olla de barro, después se reduce a polvos y de estos se dan en agua al Paciente, en agua digo de Parietario e en Xarabe de las cinco raíces aperitivas, doce gramos o poco más. Esta facultad diurética de los polvos del sapo se descubrió casualmente según escribe Solenandro, en la ciudad de Roma había un hombre de quien se apoderó la Hydropsia, su muger temerosa de los gastos que se harían en su curación, determinó inhumana acabarle con veneno. Con tan perverso intento le suministró los polvos de sapo tostado; y el enfermo evacuó gran cantidad de orina. Repitió la mala hembra, impaciente de la tardanza, la bebida con los polvos, y el hydrópico acabó de echar la agua que le molestaba y recobró la salud perfecta."

"Para lo mismo que el Polvo sirve también la Bebida siguiente: Métase un sapo seco a hervir en leche; tómese esta caliente, y hace evacuar por vómitos, sudores y orina la materia, que causa calenturas pestilenciales, dysenterias epidémicas y Granos molestos, este remedio es también eficaz contra las calenturas intermitentes. La virtud sudorífera del espíritu y sal volátil del sapo obra también con buen suceso en las cangrenas de los Pechos de las mugeres, aplicándose a ellos dos, o tres veces al día, puesto en un pañito húmedo. Con este remedio sanaron del todo mucha mugeres, en las cuales se había de exutar operación dolorosa."⁹

"En quanto al uso externo de los sapos añade Kramer,

Vanhelmont y otros, que aprovecha en las calenturas malignas, y en otras semejantes enfermedades. Para esto tuestan un sapo, o le secan, y se cuelga al cuelo, o aplican debaxo de las quixadas, o le tienen en la mano hasta que se caliente, esto sirve también para detener el fluxo de sangre. Aplicados los sapos a las Bubas pestilenciales, carbunclo, etc., atrahen así todo el veneno, y sana de cierto el enfermo, como atestigua el insigne Medico Kramer. Aun en las epidemias sirve de Antidoto, preparado como escribe Helmoncio citado de Du Hamel.

"Dice Etmulero que el sapo vivo, y quebrantado, es eficaz remedio contra la mordera de las Bivoras y de las serpientes ponzoñosas, aplicándole a la parte ofendida.

"Francisco Doel escribe, que el sapo traspasado con un punzón agudo, y seco al ayre, y después bien remojado en vinagre, puesto sobre los carbunclos pestilenciales, atrahe todo su veneno. Dice mas Etmulero, que un sapo seco y colgado al cuello o puesto sobre la boca del estómago, o debaxo de los sobacos y aun teniéndole en la mano, estanca efectivamente, y cura toda suerte de Hemorragias o fluxos sanguineos, y principalmente los que sobrevienen en calenturas malignas, en las viruelas y en otros males semejantes, un sapo seco y metido en una bolsita de seda o de lienzo con una cantidad conveniente del Musgo del ciruelo selvático (creo que lo mismo servirá cualquiera otro musgo) aplicado a el ombligo de una muger, que padece el fluxo del útero, le restañará al punto que comienza a calentarse un poco. Sirve también este remedio colgado al cuello para la incontinencia de la orina, originada de la lession de las partes. Otros remedios ponen los Autores que se citan."¹⁰

Para el nativo —criollo, más bien— la rana no es más que “un sapo de salón”, un sapo bien vestido. Si bien sabe diferenciarlos físicamente, en lo que atañe a materia médica, muchas veces, para idéntico fin usa, indistintamente, a uno u otro batracio. Por ambos siente idéntica repulsión y cuando se le dice de lo exquisito que resultan las ranas acuáticas como manjar, sólo atribuye esto a “cosas de gringo”. De ahí que, para su examen o comparación ulterior, resulte interesante anotar cuanto sobre este congénere del *sapo* dice Sánchez Labrador:

“La medicina se sirve del Iyul o Rana, no sólo aplicándola externamente sino también administrándola internamente. De las Ranas comunes se han de escoger las más gordas, y que habitan en agua limpia, contienen mucha flema y óleo, y poca sal volátil, envarios países las comen, pero son de difícil digestión por el humor pegajoso, y grueso que encierran por lo que su uso no conviene a todos. Los viejos y los que abundan de flema, o no las coman, o sea rara vez, los que tienen estómago robusto hallan en las ranas alimento sustancial.

“Las Ranas tomadas internamente en sustancias o Caldos, humedecen, engrassen y suavizan los ácidos del pecho, en la Thisica y en la Atrophia, y concilia al sueño.

“Roberto James escribe que la Rana se recomienda mucho como singular antídoto contra las picaduras, y mordeduras de las serpientes, víboras y también aprovecha en la rigidez de los Tendones. Si una Rana viva se pone sobre los Carbunclos pestilenciales, y se dexa estar así hasta que se muera, se dice, que atrahe así, y saca todo el veneno. La Huebera u ovario de la Rana, se tiene por fresca, que

constipa y engrasa; mitiga los dolores, cura los Fuegos de las manos, zarpullidos, y la comezón o prurito que causan en el cuerpo. Es buena en la erisipela, en las quemaduras y inflamaciones aplicada a la cara que tiene manchas coloradas, causa buen efecto. A la Huebera de las ranas llaman Asperma Ranarum.”

“Cocidas unas Ranas en agua mezclada con vinagre, si con esta agua se enxuaga la boca, aprovecha contra los dolores de Dientes, y Muelas, es remedio eficaz que Andry, Medico parisense atestigua, que casi siempre surte el deseado efecto. La grasa de la Rana empapada en unos algodoncitos y metida así en los oídos, quita los dolores de estos.

“Una virtud singular de las Ranas se descubrió en el Paraguay, y es la siguiente: cógese una Rana viva y se la pone en una olla nueva bien cubierta, después se pone la olla sobre un fuego suave de modo que se tueste la Rana sin quemarse, bien tostada se muele y hace polvo; esto se (falta un renglón en el texto) facilmente parir, se la ata la bolsita con los polvos a un muslo, y no tarde en echar la criatura, y las Partes, o secundines. Si padeciese de fluxo extraordinario de la sangre menstrual, se le aplica la bolsita cerca del ombligo, y se detiene el fluxo.

“Refirióme este remedio el P. Bernardo Musdorff, de quien hablé en otro lugar. Difícilte dar asiento a tal eficacia de los polvos de la rana, no habiendo el mismo presentado algunas experiencias viendo mi incredulidad, me remitió a otro antiguo Missionero, llamado Pedro Sana, escribió a éste, rogándole me dixesse, lo que sabia en el caso. Respondióme que era verdad quanto me había dicho el P. Bernardo y que en el pueblo de Corpus Domini, donde

hacía entonces oficio de Parrocho, los enfermeros, llamados en idioma guarani curuzuyaras, llevaban muchas veces los Polvos de Rana dichos, y con este remedio tan fácil eran felices en los Partos difíciles. Añadía que de tan buenos sucesos era testigo, no de sola una, sino de quasi quotidianas experiencias en un Pueblo o Doctrina tan llena de Neophitos. Refiere esto, porque costara poco experimentar, si surte en otras partes el mismo efecto en lo qual no se va a perder nada”⁽¹¹⁾.

No insistiremos más en la rana y su aplicación médica. Lo transcripto pone en evidencia que también los antiguos no hacían distingos entre este batracio y el sapo, en lo que atañe a sus propiedades terapéuticas. Dejemos también al legendario sapo amodorrado sobre todo el cúmulo de pasadas creencias y supersticiones médicas, para presentarlo como cosa viva, como ente que se mueve y actúa en medio de un conglomerado humano que cree haber superado todos los estratos inferiores de la cultura.

Aquí el batracio sigue cumpliendo una función trascendente; la misma que le tocó desempeñar a través de toda la historia de su vida y, si en la hechicería su cuerpo sirve para transplantes de orden negativo y perverso, en la medicina positiva es también elemento fundamental en el campo de la magia, donde se proyecta por dos caminos distintos. Su acción responde en unos casos a “Antipatías”, en otros a “Analogías”; pero siempre el objeto es el mismo: servir al hombre, aminorar sus males y mostrarle que todo lo que palpita, a decir del poeta, es “noble y santo”.

Magia y empirismo definen al sapo como elemento curativo. En el primero de los casos, el principio medicinal es

ajeno al sapo mismo. Concepciones remotas y de bases animistas justifican la razón de ser de toda una serie de prácticas donde el batracio, como hemos dicho ya, es apenas el factor determinante de la realización de ideas de resultados apriorísticamente establecidos. Como factor mágico, paga siempre en forma cruenta su intervención y, por ley fatal, ello se hace también extensivo cuando actúa respondiendo a principios empíricos que no siempre carecen de fundamento. Dentro de la medicina supersticiosa el sapo es un mártir, y ojalá algún día la ciencia oficial, empeñada hoy en estudios singulares con relación al anfibio anuro, diga que su martirio no ha sido estéril.

En otro ensayo hemos definido con extensión la práctica mágica denominada “Transplante” y de la que se ocupara con anterioridad Frazer y otros autores de no menor jerarquía⁽¹²⁾. En el deseo de pasar una enfermedad cualquiera a un animal para que sea éste quien la sufra, en beneficio de la salud del enfermo, se ha buscado no pocas veces al sapo, y es así cómo tuvo que pagar con su cuerpo y con su sangre miserias de nuestra humana condición. El “Transplante” es magia contagiosa, y de ahí que se recurriera al batracio, cuya receptibilidad para toda clase de venenos —humores también— se ha hecho clásica en el campo de la historia médica. El sapo, como “esponja de venenos”, actúa una y otra vez, y su cuerpo, ya lo dijimos, paga siempre el ansia humana de tener salud.

En diversas oportunidades nos hemos referido a la “antipatía” entre el sapo y la serpiente. De ahí que si la “Sal de Bivoras”⁽¹³⁾ en realidad no es otra cosa que “polvo de culebra”, lograda en idéntica forma que el “polvo de sapo” o

"polvo de rana", servía para curar los efectos del supuesto veneno del batracio, el "polvo de sapo" o el sapo mismo, aplicado al lugar de la picadura, servía para absorber el veneno del reptil. Pero donde esta "antipatía" mágica se pone en evidencia con relieves tan extraordinarios que sirven para fijar principios fundamentales en pisco-etnografía, es en la cura de la "Culebrilla" o "Fuego de San Antón", supuesta enfermedad que ha reptado por todos los caminos del mundo y que en el Norte argentino continúa siendo el nudo de los profundos temores maternales. Por una u otra razón, en distintas oportunidades nos tocó definir este extraño mal. En algunos trabajos lo hemos tratado en forma extensiva, dando a conocer procedimientos empíricos, conjuros y ensalmos tendientes todos a neutralizar los terribles efectos del mal⁽¹⁴⁾. En realidad, se trata de un Herpes Zoster que, siguiendo la línea de un nervio sensitivo, va dibujando sobre el cuerpo enfermo una especie de culebra. El origen de la enfermedad se atribuye a causas diversas, pero ninguna tan significativa como aquella que asegura que las mantillas de un niño fueron rozadas por una culebra o que ésta le pasó su "sombra". El pronóstico de la enfermedad es de carácter grave cuando la cabeza de la "culebrilla" se junta con la cola. Pues bien; si existe toda una serie de remedios para contrarrestar el mal, ninguno de efectos tan rápidos como el tomar un sapo y frotar la panza del mismo, en dirección opuesta al curso de la enfermedad, por el cuerpo enfermo. Asegura la gente que el sapo, poco a poco va enrojeciendo, que grita desesperadamente y que termina por reventar, lo que constituye el síntoma evidente de que el paciente sanará. La erisipela, el sarampión —usa-

gre de los antiguos—, la viruela, son enfermedades que presentan casi la misma característica sintomatológica que la supuesta "culebrilla". De ahí que el sapo, usado en idéntica forma, se considere buen remedio. Esto es ya por analogía entre una y otra enfermedad, si es que en todo ello no entra algún conocimiento empírico. El sapo carece de dientes en la mandíbula superior. Sin embargo, se habla de la extraordinaria fuerza que posee en ellas el escuerzo. De ahí que, posiblemente llevados por una analogía mágica, se considere al animal como remedio supremo para curar el dolor de muelas. Los procedimientos terapéuticos para el caso son varios, y he aquí algunos anotados por Amotosetti⁽¹⁵⁾ y constatados también por nosotros, ya que se mantienen en plena vigencia. Así, se coge un sapo vivo, apretándolo fuertemente con la mano derecha hasta hacerle abrir la boca, dentro de la que se escupe. Si este procedimiento no diera resultado, he aquí otro que aconseja la terapia popular y que está fuertemente arraigado en nuestros campos: Se limpia el fémur de algún sapo hallado muerto y con él se fabrica un escarbadiente, que se emplea cada vez que el dolor lo requiera. Además, dicho fémur se usa como preservativo, ya que constituye un poderoso amuleto curativo cuyas raíces mágicas no escaparán al leyente. Los remedios siguen: Se coge un sapo vivo y se pasa tres veces, su barriga, en forma de cruz, por el lugar afectado. Si esto no da resultado, se le mata, cortando de inmediato un trozo del batracio que, después de calentado al fuego, se muerde con la muela dolorida, mientras se puede aguantar. Pero el remedio más común, sino el más eficaz, para estos casos, es agarrar un sapo vivo y ponérselo tranquilamente en la mandíbula del

lado del dolor, ajustándoselo con un lienzo. El mal no tardará en desaparecer. Por lo menos, eso es cuanto se asegura.

No siempre se cuenta con un poste donde se haya res-tregado un "macho" (mular de sexo masculino) o con la "mano de un angelito muerto" para pasarlo, en forma de cruz, por un "lobanillo" o "loanillo", quiste sebáceo que aparece con alguna frecuencia en la frente o en la nuca de un individuo para darle un aspecto grotesco. El sapo suple entonces los remedios clásicos y lo hace a costa de su vida. Se toma al batracio vivo y se refriega su barriga, en forma de cruz, por el lugar afectado. Luego se ata al animal por una pata, en la rama de un árbol, boca abajo, y se lo deja para que muera. La creencia asegura que a medida que el sapo se va secando, desaparece el "lobanillo". Esta práctica se repite en el tratamiento de diversas enfermedades, especialmente en aquellas que originan deformaciones o protuberancias de índole física. El bocio o "coto" tiene una larga tradición en el noroeste argentino. Enfermedad de origen glandular, dió tema a más de una leyenda, y la historia asegura que la ciudad de Tucumán debió cambiar su primitivo emplazamiento para evitar los estragos que causaba esta dolencia. Salta cuenta entre sus tradiciones la de ser tierra de "cotudos". Concolorcorvo, en "El Lazarillo de ciegos caminantes",⁽¹⁶⁾ habla de las mujeres de esa tierra, y a propósito de las mismas, dice: "...son las más bizarras de todo el Tucumán y creo que exceden en hermosura de su tez a todas las de América, y en particular en la abundancia, hermosura y dilatación de sus cabellos. Muy rara hay que no llegue a cubrir las caderas con este apreciable adorno, y por esta razón lo dejan comúnmente suelto o trenzado a

lo largo con gallardía; pero en compensativo de esta gala es muy rara la que no padezca, de 25 años para arriba, intumescencia en la garganta, que en todo el mundo español se llama coto. En los principios agracia la garganta, pero aumentándose este humor hace unas figuras extravagantes, que causan admiración y risa, por lo que las señoras procuran ocultar esta imperfección con unos pañuelos de gasa fina, que cubren todo el cuello y les sirven de gala, como a los judíos el San Benito, porque todos gradúan a estas madamas por cotudas, pero ellas se contentan con no ponerlo de manifiesto ni que se sepa su figura y grados de aumento, porque la encubren entre los pechos con toda honestidad.

"Todas y todos aseguran que esta inflamación no les sirve de incomodidad, ni que por ella hayan experimentado detrimiento alguno ni que su vida sea más breve que la de las que no han recibido de la naturaleza esta injuria, que sólo se puede reputar por tal en los años de su esplendor y lucimiento".

Pues bien; para curar esta enfermedad, producida especialmente por la falta de iodo en las aguas, se emplea un procedimiento idéntico al señalado para el "lobanillo", y éste se hace extensivo también a otras formas de inflamaciones y protuberancias, aunque de origen distinto. Para las "quebraduras" o hernias también el procedimiento es el mismo, y llevados por la curiosidad hemos tentado de establecer las causas a las que responde una práctica tan repetida. A nuestro juicio, la magia por analogía tiene mucho que ver en la cuestión. Ante el peligro, el sapo se hincha, absorbe gran cantidad de aire y su cuerpo presenta la forma de una pelota ovalada capaz de resistir, durante largo rato, los más despi-a-

dados golpes. Esta característica del animal, unida a la forma que presentan tales inflamaciones, es lo que, a nuestro juicio, ha originado el remedio que, como "en sus buenos tiempos", sigue empleándose día a día. Claro que tampoco huimos a la posibilidad de algún conocimiento empírico, pero éste no ha sido establecido oficialmente hasta la fecha.

Las hemorroides continúan siendo enfermedad "vergonzosa", no en el sentido que se da los males venéreos cuyo ocultamiento, por parte del enfermo, es causa de la propagación de las enfermedades infecto-contagiosas, sino porque se la considera dolencia "animada", con vida, que trata siempre de huir de la presencia humana. Este concepto hace que se cure en forma por demás curiosa, aprovechando para ello la condición pudorosa del mal. Así, un enfermo debe mostrar la parte afectada a una persona sana, pero de sexo contrario. El remedio es bueno, pero resulta que a veces la honestidad del enfermo puede más que el propósito terapéutico, y entonces recurre al sapo. Basta arrancarle en vida una pata y, sangrante todavía, fregarla por el lugar afectado en la seguridad de sus efectos. Pero también es bueno coger un sapo vivo y freírlo en aceite. El líquido resultante de la fritura es un remedio infalible para las almorranas. Por lo menos, eso aseguran los chilenos⁽¹⁷⁾.

Hemos recogido la información de que tanto la sífilis (bubas pestilenciales), como toda clase de fistulas, eran curadas mediante el espolvoreo con "polvo de sapo". Aun hoy se recurre al procedimiento y, en los casos de sífilis, cuando desaparece momentáneamente el chancro, se da por curado el mal, descuidando todo posterior tratamiento, con los terribles resultados que se anotan dentro de nuestra

población campesina. El origen vergonzoso de esta enfermedad —es "mal de culpa"— contribuye también a que no se recurra a la medicina oficial.

Otra enfermedad donde la aplicación del sapo es "santo remedio", es un mal que el nativo define como "fogaje", "jogaje", "pakto" o "pático". Se trata de erupciones cutáneas que aparecen en la comisura de los labios de los niños como consecuencia de algún "fuego interior", y para curarla, amén de todo un rosario de prácticas supersticiosas, es bueno refregar las partes enfermas con sangre de sapo recién muerto, si es que no se prefiere dar a chupar al pequeño una pata de sapo todavía sangrante.

Es curioso observar, a través de muchas de estas curas, como siempre se recurre al batracio en los casos donde lo que se debe sanar es consecuencia de "fuegos" interiores o manifestaciones por el estilo. Quizá esto responda a una acción médica condicionada a los efectos contrarios, propia de la medicina empedociana, que buscaba así producir un equilibrio orgánico. El sapo es considerado como cuerpo frío y en esto la teoría de los humores y de los temperamentos, algo podría aclararnos. La frialdad del sapo es aprovechada también como elemento vasoconstrictor y hemostático, y así, para contener las hemorragias nasales, se juzga cosa excelente colocar un sapo vivo, de panza en la nuca del afectado, si éste no prefiere llevarlo oculto bajo una de sus axilas.

A través de la hechicería hemos visto cómo el sapo era utilizado para ocasionar toda suerte de dolores articulares y reumáticos. Se valían para ello de su condición de "cuerpo frío". Debemos suponer también —y esto por aquello de que "el quid de la enfermedad cura la enfermedad misma"— que

se lo empleara para combatir esta clase de afecciones de las que se le consideraba causante. Se opone a ello, sin embargo, el hecho de que se recurre a "remedios calientes" tales como toda una variedad de grasas animales o "injundias", siendo el sapo animal frío. No obstante, la cura existe. Siempre es de carácter mágico —ello justifica la ruptura de principios clásicos— y consiste en poner en los lugares doloridos huesos secos de las patas del batracio, que más que todo, son usados como amuletos de carácter preservativo.

El "polvo de sapo" sigue usándose como diurético y hay quien asegura haber salvado a hidrópicos cuyo estado era desesperante.

Pero no paran aquí los remedios. La aplicación del sapo dentro de la medicina supersticiosa es vasta. Los huevos de sapo, ingeridos en una especie de caldo, sirven para combatir las colitis y toda suerte de desarreglos intestinales. En Entre Ríos, a decir de Ambrosetti¹⁸ se bebe una disolución de cáscaras de huevos de sapo, previamente secas y pulverizadas, para curar la desinterfa. Hace notar —sin embargo— el citado autor, que los tales huevos son en realidad de un caracol muy común en agua dulce del género *Ampullaria*. Lo curioso es que el efecto curativo se atribuye al sapo.

Contra la tiña también tiene algo que hacer el batracio. Se unta la cabeza del enfermo con tocino de cerdo y luego se espolvorea "con las cenizas de un sapo secadas al horno". Este remedio, sin embargo, no es autóctono. Conocido era ya en la antigüedad que lo consignaba en una obra titulada "El Alberto Moderno", de gran difusión allá por el año 1789.¹⁹

Los "tejtes" o verrugas tampoco han podido escapar a

la acción de tan prodigioso remedio. A los mil y un procedimientos mágicos conocidos, se suma también el empleo del sapo. Los granos de maíz, los granos de sal arrojados por la espalda y sin volver la cabeza para que cualquier viandante los recoja; el saludo al mortero para traspasarle el mal, la pregunta mental al amigo, etc. tienen su equivalente mágico en frotarse las verrugas con la panza de un sapo vivo que es ensartado luego en una caña hasta secarse.

En todas estas curaciones entran también elementos sin los cuales los resultados no responden, a veces, a experiencias consagradas. Una falsa discriminación constituye un buen justificativo para quien oficia o aconseja la cura. Así, no se falla nunca cuando se usan sapos machos pero el nativo no sabe establecer su sexo. Otra condición, muchas veces exigida, es que el sapo "sea soltero" para que se encuentre así en posesión de todas sus condiciones farmacodinámicas. Y conseguir esto, sólo pueden hacerlo los "especializados" que para el caso crían batracios desde su primera condición de renacuajos, y cuando la ocasión se presenta, saben cobrarlos a buen precio. En Chile existe una receta "pa la malura e cabeza" y en ella algunos de los elementos que acabamos de anotar, extensivos también a otros animales, se encuentran discriminados. Copiamos la misma de un trabajo de Lucila Dufourcq.²⁰ Dice así:

"Dioh primero. Désele al enfermo una porción de leche de culeura (culebra) viuda, y que la pese con una agüita a pahto de llague refregá o en una cáhcara de güevo y en seguiá se li hará una friución de cuairil p'abajo, de puelche a travesia con sebo e'sapo soltero. Enta friucion tendrá que ser hecha por hombre barbá o, que no haya pecao nunca,

Dehpuéh li hará un sorbitivo, que serán unoh polvito de cielo al horno, tierra volá(da), gualen-gualen; y aunque el enfermo porfide le da una conchara no mah."

Ento si no li hace bien, mal no li hace."

Pero "curar" abarca un concepto amplísimo. Lo hemos destacado en alguna oportunidad.²¹ Se "cura" a los animales, a cosas inanimadas y a vastos sembradíos. De ahí que entremos ahora al campo de la veterinaria popular donde tampoco es ajena la acción del sapo. Así, para la renguera de los animales, se abre un sapo por la barriga y se lo coloca sobre la pata enferma. El remedio surte efecto pero también tiene sus contras. El sapo no debe permanecer en el lugar afectado por espacio mayor de 24 horas, pues tal es su poder absorbente que se corre el peligro de que seque el miembro del animal.

Para extraer los gusanos que infectan una "matadura" cualquiera y que define a la "gusanera", nada mejor que el empleo del batracio. El sapo es colgado vivo y por la pata al cuello del animal enfermo, en la seguridad de que los gusanos abandonarán la herida. La verdad es que las larvas cumplen en la herida su ciclo evolutivo y la abandonan luego convertidas en moscas azules y verdes.

Y si esto toca a la veterinaria, donde recetas similares se encuentran a montones, en la cura de los sembradíos, los procedimientos no son menos curiosos. Veamos uno: "Cuando el bichomoro invade las plantaciones de papas o de tomates, es buena receta para impedirlo, colgar un sapo de un palo en cada esquina del plantío".²² Finalmente, hagamos extensivo el remedio para extirpar las vinchucas que tantas desgracias acarrean en nuestros humildes ranchos. En el

interior de la habitación, en cada una de las esquinas se cuelga un sapo vivo y a buena fe que allí no habrá "Mal de Chagas". Y esto no es poco...

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS DEL CAPITULO

¹ MOUZZON LANAUSE: *A través de la Opoterapia*, pág. 44. París, 1944.

² A propósito de la salvia JUAN M. CUADROS en su *Folklore botánico medicinal arequipeño*, pág. 303, Arequipa, Perú, trae un interesante estudio que puede ser consultado por quienes deseen ampliar conocimientos sobre la planta, especialmente en lo que atañe al folklore.

³ MOUZZON LANAUSE: Op. cit, pág. 44-45.

⁴ Idem, ídem, pág. 45.

⁵ Idem, ídem, pág. 45.

⁶ Idem, ídem, pág. 44.

⁷ Idem, ídem, pág. 44.

⁸ Idem, .dem, pág. 46.

⁹ ANÍBAL RUIZ MORENO: *La Medicina en el "Paraguay Natural"*, de José Sánchez Labrador, pág. 137, Universidad Nacional de Tucumán, 1948.

¹⁰ Idem, ídem, pág. 138.

¹¹ Idem, ídem, pág. 138-9.

¹² Ver: TOBIAS ROSENBERG: *El Transplante*. Edición del autor. Tucumán, 1947.

¹³ A propósito de la "Sal de Bóvoras", el doctor A. CASTIGLIONI en un trabajo publicado en la Revista "Actas Ciba", edición española, Nº 10, octubre, 1944, titulado *Remedios contra mordeduras de serpientes*, pág. 295, trae una receta antigua para su preparación que transcribimos: "Hay también sales hechas con dichas víboras para

los mismos usos, pero no obran de la misma manera. La vibora se coloca en una olla nueva, con un sextarius de sal, la misma cantidad de higos secos bien pisados, y seis cyathus de miel. La tapa de la olla se cierra herméticamente con arcilla y luego se coloca la olla en un horno hasta que la sal se transforme en carbones, después de lo cual éstos se desmenuzan y se ponen a un lado. Y a veces, para que el gusto de esta mezcla sea más agradable, se le agrega un poco de nardo, o de lencacanta, o un poco de malobatro."

¹⁵ Autor citado: *Supersticiones y leyendas*. Edición La Cultura Popular, Bs. As., 1927. Pág. 205.

¹⁶ Op. cit. Edición Espasa-Calpe. Colección Austral, Bs. As. 1946. Págs. 80-81.

¹⁷ Ver JULIO VICUÑA CIFUENTES: *Mitos y Supersticiones*. Sgo. de Chile. 1915. Pág. 301.

¹⁸ Autor citado: *Supersticiones y Leyendas*, pág. 207.

¹⁹ Ver MARIO DEVEZE: *La curación sin drogas*, pág. 191. Edit. Kier, Bs. Aires.

²⁰ Autor citado: *Noticias relacionadas con el folklore de Lebu*. Anales de la F. de F. y Educación. Univ. de Chile. Sec. Filología. Tomo III, 1941/43.

²¹ Ver trabajo: *Apuntaciones para un Diccionario, etc.*

²² FÉLIX COLUCCIO: *Diccionario Folklórico Argentino*, pág. 172. El Ateneo, Bs. Aires. 1948.

EL SAPO Y LA CIENCIA

ALLÁ por el año 1939, en un apéndice de nuestro trabajo "Curiosos Aspectos de la Terapéutica Calchaquí" decímos respecto al sapo y la medicina oficial:

"Respecto a las posibilidades medicinales de la piel del sapo, en estos últimos años se han hecho numerosos ensayos, llegándose a conclusiones extraordinarias en lo que atañe a los resultados obtenidos; resultados probatorios, todos ellos, de que la medicina empírica de numerosos pueblos lejos de presentar caracteres risibles, se basa en la capacidad de observación del hombre considerado culturalmente inferior y a quien la naturaleza parece haber dotado de un instinto especial para encontrar dentro de ella todo cuanto necesita para poder actuar hasta cumplir su ciclo biológico.

"Los primeros ensayos sobre el particular fueron hechos en el año 1902 por César Phisalix y por el químico del Instituto Pasteur, Gabriel Beltrand, a quienes siguieron Abel y Match de K.K. y A. L. Chen, cuyos experimentos fueron realizados en los laboratorios de Lilly en Indianápolis, valiéndose para ello de doce especies distintas de sapos, estudiando en todos ellos las cualidades curativas de la pasta amarillenta que se elabora en las pústulas dorsales del sapo y en las dos glándulas parótidas que el animal posee a cada lado de la cabeza.

"Respecto a la mentada pasta amarillenta se ha probado que contiene una fuerte dosis de adrenalina, principio fénico que segregan las glándulas surrenales de todos los vertebrados y cuyos efectos son de carácter hipertensivos y vasoconstrictivos.

"Jean Rostand, que en un artículo publicado en "Marianne", de París, año 1935, estudia las posibilidades terapéuticas del llamado veneno del sapo, señala que "... las glándulas parótidas de un solo ejemplar de la especie de agua (*Bufo marinus*) produce más adrenalina que una glándula surrenal de ternera y que las dos glándulas surrenales del hombre". Agreguemos a esto, como dato curioso, que la adrenalina era considerada como un producto orgánico de secreción interna y que las experiencias hechas sobre el sapo han demostrado también que su secreción es externa.

"Además de este producto, contiene un esterol, sustancia química de la misma familia que el ergosterol, que se encuentra en la piel de los mamíferos y que al contacto con el sol se transforma en substancia antiraquíctica; asimismo encierra un poco de bufotenina, de propiedades similares a la adrenalina y dos cuerpos orgánicos de naturaleza compleja: la bufagina y la bufotoxina que sin ser glucósidos, manifiestan propiedades similares a la digitalina.

"En los Estados Unidos se han hecho algunos ensayos clínicos y los resultados vinieron a confirmar cuanto ya sabía el hombre de nuestra montaña y junto con él, aquél que puebla el Extremo Oriente, donde el Ch-an-Su, especie de torta redonda, constituye un secreto de la farmacopea china cuya preparación, según versiones autorizadas, está hecha en base del llamado "veneno del sapo".

"En nuestro país el profesor J. Domínguez, también ha efectuado algunos ensayos tendientes a probar las propiedades medicinales de la piel del batracio."

De entonces acá, no sabemos de nuevos estudios que, indudablemente, existen. Lo cierto es que a nuestro país ha

tocado el honor de utilizar al sapo dentro del laboratorio con resultados que han sorprendido a la ciencia médica universal. Nos referimos a los estudios de Carlos Galli Mainini relativos al "Diagnóstico del embarazo con batracios machos", resultante de las experiencias que desde largos años atrás venía realizando la Escuela Fisiológica del doctor Bernardo A. Houssay y de la cual Galli Mainini es discípulo.

Nuestro más grande fisiólogo, al comentar estos trabajos y, en especial, la obra de Mainini, dice, lleno de entusiasmo¹:

"La parte experimental que presenta será también punto de partida para nuevos estudios de interés científico, e inclusive de aplicación médica y farmacológica y aun en la industria de las hormonas, varios de los temas están ya en estudio avanzado y otros en sus etapas iniciales.

"Entre las curiosas consecuencias del estudio de Galli Mainini figura el hecho de que ya se ha exportado *Bufo arenarum* Hensel a Europa y los Estados Unidos. La abundancia de batracios y sapos en Sud América ha hecho que la reacción sea principalmente sudamericana, así como la de ovulación de *Xenopus laevis* se hace con un batracio africano. Y es curioso que comienzan a aparecer trabajos en otros batracios machos que no consignan con la debida claridad que lo que se hace es aplicar la reacción de Galli Mainini variando el animal reactivo."

En verdad, el sapo no pudo aspirar a mayor gloria.

¹ Autor citado: prólogo de la obra de C. GALLI MAININI, *El Diagnóstico del embarazo con batracios machos*, págs. 8-9. Edit. Impaglione. Bs. Aires. 1948.

ÍNDICE

	PÁG.
<i>Prólogo</i>	7
El Sapo en la Hechicería	9
El Sapo como deidad	45
El Sapo en la Medicina Supersticiosa	65
El Sapo y la Ciencia	91

**PROXIMAS
PUBLICACIONES**
*de Cuadernos de la
Asociación Tucumana
de Folklore*

- III. — RAFFAELE CORSO: "El Folklore". Con un apéndice sobre Folklore argentino. Traducción y apéndice a cargo del Prof. Armando Vivante.
- III. — ARMANDO VIVANTE: "Los muñecos del dano". Los maleficios en el Folklore.

- IV. — OESTE PLATH: "Folklore de Chile".

Editorial PERIPLO

PEDIDOS A:

DISTRIBUIDORA Y EDITORA
ARGENTINA S. R. L.
Charcas 472 Buenos Aires

(Viene de la 1^a volada).
tropología, Ateneo de la Cátedra de Historia de la Medicina de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires; presidente de la Asociación Tucumana de Folklore, entidad privada de la que es fundador, y que se ha convertido en rectora indiscutible del movimiento folklórico argentino. Las más importantes entidades folklóricas de América lo cuentan entre sus integrantes.

Colabora en numerosas revistas y publicaciones especializadas del país y del extranjero, y a sus trabajos últimos, aparecidos en el "Boletín de la Asociación Tucumana de Folklore", uno los publicados en "Folklore", de Nápoles (Italia), "Revista de Dialectología y Tradiciones Populares de Madrid (España), "La Razón", de La Paz (Bolivia) etc.

Este libro se terminó de imprimir en la
IMPRENTA CHILE, Charcas 433, Buenos
Aires, el día 20 de septiembre de 1951.